

Cuentos para leer en el jardín

Antología de cuentos



Ediciones Mis Escritos
Buenos Aires - Argentina

Cuentos para leer en el jardín

Antología Internacional de cuento

Compilación:
Cristina Beatriz Monte

Ediciones Mis Escritos

Buenos Aires - Argentina

2017

Cuentos para leer en el jardín
/ Adriana Alarco de Zadra ... [et al.] ;
compilado por Cristina Beatriz Monte. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Mis Escritos, 2017.
Libro digital, Exebook

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4004-34-5

1. Narrativa Contemporánea. 2. Cuentos. I. Alarco de Zadra,
Adriana II. Monte, Cristina Beatriz, comp.
CDD 863

© Ediciones Mis Escritos
Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra, por cualquier medio o procedimiento, sin el con-
sentimiento explícito de Ediciones Mis Escritos y/o los
autores participantes.

1º Edición - Febrero de 2017

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Nos complace presentar «*Cuentos para leer en jardín*», primera antología internacional de narrativa, en el marco de la convocatoria «*Textos Elegidos*».

Un total de 25 cuentos, de variado estilo, que nos llevará por diferentes caminos y voces narrativas.

Los invito a internarse en este libro digital que hemos editado gracias a la participación de sus autores.

Cristina Beatriz Monte

Poeta - editora

Los autores

Alarco de Zadra, Adriana
alarcoadriana@gmail.com
Italia

Angeli, Alicia
aliciaangeli@hotmail.com
Villa María - Argentina

Aravena Arellano, Armando
armando.aravena@csi.cl
Providencia - Chile

Bárcena Escarti, Ainhoa
noa893@gmail.com
Rivas - España

Batista Batista, Maritza
marit@ult.edu.cu
Reperto Santos - Cuba

Bustos, Teresa Beatriz
mixture7@hotmail.com
an Francisco - Argentina

Chico, Camila
camila.chico.08@gmail.com
Banfield - Argentina

Costamagna, Lilian
liliancostamagna9@hotmail.com
Bariloche - Argentina

De Posada, Julio Carlos
juliodeposada@hotmail.com
San Isidro - Argentina

Dicenzo, Javier
Javier_dicenzo@yahoo.com.ar
San Pedro - Argentina

Figueroa Pages, Luis Alberto
fuis@upr.edu.cu
Pinar del Río - Cuba

Fontanini, Leiden Roberta
leidenrfont@yahoo.com.ar
Santa Fe - Argentina

González, Felipe
felsus1@yahoo.es
Zinacantepec - México

González, René Ovidio
reneovi@hotmail.com
Santa Elena - El Salvador

Gorosito Pérez, Washington Daniel
charruagoro@hotmail.com
Irapuato - México

Greiner, Margarita Elena
margarita.greiner@gmail.com
Carapachay - Argentina

Huck, Paula
huckpaula@hotmail.com
CABA - Argentina

Igolnikov, Nicolás
nicolasigolnikov@hotmail.com
CABA - Argentina

Mesía Hidalgo, Jorge
aisemh@hotmail.com
Tarapoto - Perú

Montes Rodríguez, Manuel
noloaller@hotmail.com
Alcalá de Henares - España

Nivia Castellanos, Rusvelt Julián
rusvelt1@hotmail.com
Ibague - Colombia

Obradors, Victoria
mavioco@live.com
El Toboso - España

Piñero Ruíz, Juan Salvador
juansalvadorpinero@gmail.com
Cartagena - España

Trinelli, Carlos Arturo
piedrazul@hotmail.com
Boulogne - Argentina

Varela Rodríguez, Aurora Peregrina
auraries@gmail.com
Milladoiro Ames - España

Adriana Alarco de Zadra

La visita

Casi me quedo sin novio el día en que le conté a Marcelo sobre la visita. Estaba inquieta y me aterró cuando me encerraron en el dormitorio. Marcelo nunca me cree cuando le cuento sobre algún evento de mi pasado reciente. Es escéptico, incrédulo y desconfiado por naturaleza y tiene hasta el día de hoy la vaga idea de que yo soy algo desquiciada porque entro a la casa por la ventana en lugar de entrar por la puerta, porque me baño en el mar a medianoche bajo la luna, porque le dejó mensajes como «*te amo*» pintados con acrílico sobre su coche y luego debe pintarlo todo de nuevo, enfurecido. Pensaba que estaba loca y, en fin, cuando recién lo conocí debía hacer lo posible para que no creyera lo que creía, o sea debía creerme cuerda porque sino

me quedaba sin novio. Por eso fue la siguiente confesión una de esas noches.

—Tengo un tío que es psiquiatra y trabaja en el manicomio.

— ¡Ajá!

—Una vez me encerraron en uno de los dormitorios.

— ¡Ajá!

—Pero fue una equivocación.

— ¡Todos dicen lo mismo!

—Es verdad que fue un error.

— ¡Te creo!

—No pongas esa cara de duda. Espera a que te explique.

— ¡Explica!

—Estaba yo de visita al hospital psiquiátrico con mi tío, el doctor, llevando dulces y galletas a los enfermos. Repartía de cama en cama golosinas a las mujeres que se encontraban en un largo dormitorio.

— ¿Tú también estabas en cama?

— ¡Yo estaba repartiendo dulces! Agradecían con sonrisas en sus bocas desdentadas que me llenaban de ternura. Al fondo del dormitorio encontré a una anciana bordando un mantel con flores exóticas de colores y pájaros extraños de plumas y orejas, con alas y rabos.

— ¡Muy creativo!

—La mujer vagaba su mirada inestable por las paredes vacías. Tenía ojos grises, dulces y serenos. Le pregunté por su trabajo con la aguja.

«*Estoy bordando este mantel para mi boda, querida*», me contestó. «*¿Ves este pajarito? Es una alondra. ¿Ves esta flor? Es un lirio japonés.*» Luego, la anciana aclaró al verme asombrada por esa próxima boda a su tan respetable edad: «*Me casaré cuando termine de bordar el mantel, querida, ¡claro está!*», Y, luego, acercándose a mi oído, susurró: «*Mi novio llegará por mí en un caballo alazán cuando levanten vuelo las aves del mantel*

y caigan los pétalos de las flores. Entonces, yo lo esperaré lista en el balcón con mi traje de novia, y con él me iré lejos, lejos de aquí.» Los ojos de la mujer se perdían en un paisaje que no existía en medio de esa pared vacía y sin ventanas. La alondra salió revoloteando y se apoyó sobre el lirio que abrió sus pétalos. Le pregunté que adónde estaba su novio y me entristeció su respuesta: *«Ya vendrá, querida. Cada vez que pregunto por él me dicen que ha muerto de amor, pero yo sé que no es verdad. Casi todas las noches viene a visitarme y tiene un agujero en el pecho».*

Ella se rió compadeciéndose del mundo absurdo y mentiroso del cual ya no formaba parte. Los lirios seguían creciendo alrededor de su cama y las enredaderas trepaban por los rincones. Las alondras revoloteando con sus alas de hilo de bordar se pegaban a las paredes como dibujos en movimiento. Decidí que era el momento de regresar al mundo real. Le di un beso en la meji-

lla aunque no creí toda su historia porque me encontraba en un lugar donde no hay que creerle a todo el mundo. Cuál no sería mi sorpresa y mi terror al encontrar que estaban cerrando la puerta del dormitorio con llave.

— ¿Y te acostaste en una de las camas? — preguntó Marcelo.

— ¡Por supuesto que no! Fui corriendo a tocar la puerta para que me abrieran mientras el dormitorio se llenaba de penumbra y las enfermas me observaban temblar y transpirar con sus ojos fijos y muy abiertos.

— ¿Te abrieron la puerta?

— *¡No! Me gritaron desde el otro lado: «¡No haga tanta bulla y vaya a su cama!» ¡Me estremecí pensando que podía quedarme en aquel lugar sin culpa ni beneficio! Las lágrimas pugnaban por salir y el corazón me latía furiosamente. Supliqué a la enfermera a través de la puerta, con la voz más cuerda que pude sacar, que yo estaba sola-*

mente de visita y que me dejaran salir.

— ¿Esa fue la vez que te quedaste en el manicomio?

— *¡No me quedé, Marcelo, no me quedé, te lo repito! ¡Fueron sólo unos minutos! Me abrió la puerta una señora extravagante que vio mi estado tembloroso después del susto y tomándome del brazo me alejó dulcemente. «Mi cielo, no se impresione», me susurró con voz tranquilizadora, acariciando las plumas de un extraordinario sombrero. Me observó con sus ojillos escrutadores mientras yo le miraba el rojo de los labios, pintados sin espejo, que le llegaba hasta los cachetes. «Yo la conozco a usted, mi cielo», exclamó sorprendida. «¡Si tengo su retrato sobre la cabecera de mi cama, mi cielo, y le rezo todas las noches!»*

Más me asombré yo con aquella declaración y traté de alejarme, cuando observándome entre las plumas del sombrero estrambótico donde había anidado una de las alondras, me señaló con el dedo y

exclamó: «¡Si eres Santa Rosa de Lima, mi cielo!».

-¿Esa dulce señora muy emperifollada te confundió...?

-Ella era también una paciente del hospital.

-Bueno. Te perdono por esta vez...

-¿Ahora me crees cuerda?

-¡Claro que sí, María! ¡Solamente me gusta hacerte enojar!

-¡Felizmente lo crees, Marcelo, porque yo hasta ahora no estoy muy segura!

-Bueno, y tú ¿qué hiciste, entonces?

-Preguntándome por qué será que me confunden siempre con Santa Rosa de Lima, ¡me di media vuelta y decidí regresar nuevamente a mi estampita!

Alicia Angeli

La fotografía

Su sueño, era registrar en una fotografía un suceso importante. Ansiaba lograr una imagen perfecta.

Con mucho esfuerzo, reunió el dinero para el pasaje, y viajó a Francia. El T.G.V. (Train Gran Vitesse) lo obsesionaba. Quería capturarlo de frente, volando a 300 kilómetros por hora con la suavidad de una pluma.

Esa mañana, se coló por una de las entradas laterales del gran túnel y lo esperó.

Vio venir la luz y sintió un zumbido. Disparó el flash. No calculó la velocidad y la máquina lo sorprendió en pleno salto al costado. El tiempo se volvió sólido.

El resto de la historia debieron contarla los testigos del accidente.

Armando Aravena Avellano

El loco Beltrán

En el Coyhaique de los cincuenta sí que se podía hablar de una vida tranquila y apacible. La lejanía y falta de conexión con el centro del país, dejaban al pueblo merced de la monotonía de su pobre acontecer. Aquello que para los adultos era su pasatiempo favorito - el hablar de los demás - para quienes éramos niños jamás podría reemplazar lo que a diario sucede en las grandes ciudades. Es por eso que lo ocurrido aquella media tarde resultaría absolutamente inolvidable.

Sucedió justo en el momento que salíamos de la escuela. El ancho de la calle en que estaba ubicada, quizás fue lo que pudo convencer al Loco Beltrán a pasar con su camión con aquella sideral carga que sólo tras observarla siguiendo la lenta marcha del vehículo pudimos identifi-

car. La escena era totalmente surrealista. Muchos años después viendo *Amarcord* de Fellini, no pude dejar de asimilarla a la imagen de aquella tarde coyhaiquina.

Se trataba de la mitad de un enorme pesquero de madera que el «Loco Beltrán» había cortado por la mitad para poder trasladarlo desde Puerto Chacabuco hasta el Lago Carrera. Creo que en ese instante el pueblo se detuvo. La proa de la embarcación asomada sobre la cabina del antiguo y despintado camión, era algo que a nadie podía dejar de sorprender. Un par de hombres iban delante del camión premunidos de sendas varas de coligue con las que levantaban los cables para dar pasada al enorme vehículo con su inimaginable carga.

Cortada con sierra o quizás tabla por tabla con un serrucho, la cercenada embarcación dejaba sus tripas a la vista. Para los niños, muy especialmente, creo que se trataba de una visión

fantasmagórica que de la noche a la mañana vino a poblar todos nuestros sentidos. Recuerdo que todos cantábamos, gritábamos o corríamos para adelantarnos a la lenta comitiva. Recuerdo que a voz en cuello íbamos anunciando - a quien nos quisiera escuchar - que un inmenso barco cortado por la mitad estaba a punto de pasar por la calle. Pero, lo que sí resultó espectacular fue cuando al llegar a la calle Arturo Prat la singular caravana quiso dar la vuelta para tomar el callejón que lo llevaría al final de su destino.

Todos gritamos cuando el techo de la cabina de la embarcación estaba a punto de tocar los cables del tendido eléctrico y luego que con la carrocería casi pasa a llevar el antiguo negocio de doña Bertita. Incluso, recuerdo que entre todos ayudamos a empujar cuando una de las ruedas traseras del camión cayera en la acequia de donde se creía que jamás podría salir. Si bien aquel par de hombres que auxiliaban al conductor, es-

taban atentos a todas las vicisitudes del viaje, no es menos cierto que doscientos ojos ven mucho más que cuatro.

Lo insólito fue cuando me di cuenta que la singular caravana, con su numeroso séquito iba exactamente por el camino que yo debía hacer de vuelta de la escuela. Lo increíble y que nunca esperé fue que finalmente el convoy se detuviera exactamente frente a mi casa. Aquello fue simplemente alucinante. Aproximándome por el costado y equilibrándome en un tronco pude extender mi mirada hacia el interior de la cabina del camión. Un hombre robusto de barba rosilla era quien conducía. Las orejas de su gorro de cuero colgándole en ambos lados de la cara me impedían descubrir quién podría ser. Sólo cuando se volvió hacia mi pude reconocerlo. Era el loco Beltrán.

- Hola tío -le grité pletórico de orgullo.

- Hola, ¿cómo estai? - sentí que las mejillas

se me encendían. El verdadero héroe de la jornada me había reconocido en medio de aquel centenar de chiquillos para todos los cuales él era casi un Gagarin, que acababa de regresar del espacio.

El Loco Beltrán había sido compañero de mi padre en el ejército. Pero él se había mandado tantas cagadas que finalmente la institución había decidido darlo de baja. Su vida civil no era muy diferente. Las historias del personaje en cuestión siempre animaban las frías noches coyhaiquinas. Lo singular era que toda su familia cooperaba para hacer cada vez más marcada y determinante su condición de tratarse de seres realmente extraños, extrovertidos, rampantes, dinámicos que parecían desafiar al pueblo entero a salir de su letargo provinciano tan lejano de la capital y de todo lo que en ella está ocurriendo.

Siempre había algo que decir, comentar o agregar a la última locura del Loco Beltrán o a

alguno de los miembros de su familia.

Bastaba con escuchar su vozarrón que en las solitarias calles del pueblo retumbaba como para que la gente se asomara a contemplar su siempre llamativo aspecto o la historia que a toda boca contaba a alguno de sus ocasionales acompañantes.

Todo el pueblo siempre supo de su existencia estrafalaria y que nunca reconoció límites de prudencia. Quizás el ejército pudo haber aprovechado su natural arrojo y valentía en los primeros años, pero quizás su hoja de vida se llenó muy rápidamente de observaciones de todo tipo.

Lo del barco partido por la mitad era otra de sus típicas locuras. Con su jubilación había comprado la antigua embarcación en Aysén con la intención de llevarlo hasta el Lago General Carrera para su explotación a través del transporte de pasajeros

Pero tal como todo el pueblo pudo haber

imaginado, la idea no resultó. Al primer barquinazo de un día de temporal, la nave se partió en dos y el Loco estuvo a punto de ahogarse en un naufragio terrible del cual milagrosamente pudo escapar con vida.

A veces pienso que quizás muchas de las cosas que hoy por hoy adjudicamos al progreso, pudieron partir de hechos tan insólitos, absurdos e insultantes como el ocurrido aquella apacible tarde coyhaiquina.

Ainhoa Bárcena Escarti

Tras los pasos de fuego

Salió corriendo como si le quemaran los talones, sus pisadas rápidas dejaban cercos de fuego en el asfalto. Huía. Rauda, veloz y sin mirar atrás para evitar convertirse en estatua de sal. Lo peor era que me abandonaba, desertaba de mí. Seguí sus pasos con la mirada, con mis piernas pegadas al suelo, inmovilizado por el desconocimiento y por esa estupidez innata que me había dado la mano toda mi vida. Escapaba de mí y yo me quedé ahí, sin pensar, sin reaccionar.

Las horas pasaron lentas, podía ver cada grano de arena caer. Los minutos se dilataban en el tiempo en una especie de eternidad vacía en la que ni pensaba ni sentía, solo existía, o quizá suponía que existía.

En casa, mientras pasaban las horas, veía

todas sus cosas en los mismos sitios de siempre con su simple cotidianidad. Su carrera se asemejaba a una variedad de espejismo, no había sido cierta. La realidad no podían ser esos talones de fuego quemando asfalto para que nuestra distancia fuera aún mayor.

Los granos de arena del reloj siguieron cayendo, la luz se fue apagando y el día concluyó. No pasó mucho, quizá unas horas, y sonó el teléfono, no era ella. No reconocí aquella voz, por lo menos en los primeros minutos. Sentía que me hablaban, pero un zumbido en los oídos me hizo distanciarme de aquel sonido que seguía sin sonarme. Asentí para que imperara el silencio, y colgué.

Nuevamente los granos de arena y el tiempo pasaban en las horas lentas. Llamaron a la puerta con velocidad pero sin violencia. Me costó varios minutos entender que era a mi puerta a la que llamaban y me supuso otros tantos dedu-

cir que tenía que ir. Abrí la puerta con cierta parsimonia que acompañaba el ritmo de todo mi ser. No era ella. Me esforcé mucho en ubicar quien era. Me sentía lento, torpe, un tanto estúpido. Poco a poco mi casa dejó de ser mi casa, en una maraña de cosas que salían por la puerta. Apenas habían pasado unas horas, el fuego de sus pisadas llegó a mi casa y convirtió en cenizas todo lo que había sido mío. Tras cerrar la puerta y quedarme medio deshabitado, igual que mi casa, empezaron a resonar en mi cabeza las palabras, esa cancioncilla casi eterna que ella me repetía constantemente y que nunca supe entender:

-No tienes corazón, no me escuchas, no me entiendes.

Justo en ese momento, algo en mí hacía clic y no me dejaba oírla, las palabras seguían saliendo de ella y no podía llegar a escucharlas. Aquella canción siempre tenía las mismas fra-

ses, y yo nunca pude escucharlas.

En mis oídos sonaban los ecos de las palabras que nunca pude diferenciar, que se repetían una y otra vez. El tiempo siguió pasando lento, lo cotidiano, la obligación, me acabó azotando en la cara tras un par de noches sin ella. Me di cuenta que no volvería.

Rebusqué en cada rincón de la casa pero no quedaba nada, me senté en el sofá acunado por el recuerdo de tantas noches a la luz de una vela con ella. Comprendí que no tuve corazón suficiente para amarla, en ese momento sentí un desgarró justo en el centro del pecho. Me acurruqué en el sofá buscando el resto de algún olor de ella y me quedé dormido rememorando todas las cosas a las que nunca les di importancia.

Maritza Batista Batista

¿Y mamá?

Está rodeada por leones, jirafas, monos y cuanto animal se permite en este lugar entre árboles y barrotes. Busca por todas partes a su madre y no la encuentra, entonces grita:

- ¡Se ha perdido mi mamá!

La miré y me pareció una princesita salida de los cuentos, pero las princesas siempre tienen mamá reina, allá en su palacio, y esta chiquilla hablaba de la pérdida de su madre.

- Oiga, señora, ¿usted puede ayudarme a encontrarla? Llámela por el altoparlante o póngalo en internet -suplicó.

- ¿Cómo es eso de que tu mamá está perdida?

- Como se lo estoy diciendo. Yo la tenía cogida de la mano, estábamos cantando, pero, no

crea tiene que ver con la canción del pollito lalá, es muy en serio, cantábamos:

*Hace noches que no duermo lalá,
por pensar en mi pollito lalá.
Se ha perdido lalá,
se ha perdido lalá
y no lo puedo encontrar.*

Le dije: no te alejes de mí, este lugar es muy grande y peligroso, y puedes perderte, pero en un momento se zafa de mi mano y desaparece. Usted sabe cómo estará por ahí, tan solita, entre tanta gente y animales, imagino su cara de susto.

- No te preocupes, dime su nombre y la llamaremos por los altavoces -dije de un tirón.

- Se llama Luz María. Dígale que Anita la espera. Quizás se acercó mucho a la jaula de los tigres, o alguien se la puede haber llevado. Qué explicación le doy a papá, me dijo: «Cuídala». La laman Lucecita. Y bien le viene el nombre,

ya usted verá, si aparece, ¡cómo brilla! Haga el favor, anuncie que la estoy esperando.

La niña desarma a cualquiera, impresiona su temor. Lleva un vestido verde y altos tacones, collares rojos, azules y amarillos. ¿Qué hago, anuncio la perdida de una niña o de una madre?

Casi me ahogan las palabras cuando veo a un policía venir hacia la cabina con una señora de la mano. Supuse era Lucecita por el resplandor especial y los múltiples adornos que acompañan su cuerpo.

Anita corre hacia ella dejando en el espacio el *tac tac tac* de sus tacones.

- Mami, ¿por qué desapareciste? Te advertí: no te alejes. No sabes cómo he sufrido, pensando. Papi siempre ha dicho que no sueltes mi mano. Habla como si le faltara el aire. Y apuntando con el dedo índice, agrega:

- En casa creerán que soy la culpable.

La madre solloza mientras sostiene un oso

de peluche y una cartera llena de caramelos.

Quedo aún más sorprendida al mirar la forma en que se recuesta a la pequeña, prometiendo no separarse de ella nunca más. Ambas se abrazan, dicen adiós y, rodeadas por un aro de luz, salen volando.

Teresa Beatriz Bustos

Marcadores fluorescentes

La conocí antes de la tragedia. Ese día, ella se sentó a mi lado en el banco de la plaza. Restregó su espalda contra el respaldo, parecía que un dolor interno estaba a punto de reventar su tórax. Por el brillo de sus ojos presentí que las lágrimas intentaban escapársele, luego me miró y me dijo que su nombre era Marila.

Abrió sobre sus muslos el diario del sábado anterior, lo reconocí por la foto de las torres gemelas en llamas en la primera página; buscó la hoja de avisos clasificados; que parecía una paleta tricolor.

Me contó -sin mirarme- que los trabajos que había ido a ver el día lunes eran los repasados con marcador verde, los del día martes con marcador amarillo y miércoles marcador rosa.

-Hoy es jueves (dijo casi agotada) y sólo vi uno de los que me quedaba por ver, pero, son tantas las mujeres que esperan dejar su currículum, que el tiempo se duplica.

Imprevistamente abolló el papel, lo metió en el bolso y se quedó mirando la vorágine que pasaba frente a nosotras, exiliada de la realidad.

-Si hasta se me hincharon los pies a consecuencia del peso del cuerpo, y confesó, pero más hinchada tengo la yugular por la bronca.

Saco el diario del bolso con aparente tranquilidad, se mordió el labio inferior, viajó por las palabras con el dedo acusador. Iba saltando por los anuncios hasta que los colores de la página, para mí que la miraba de reojo, se convirtieron en un vertiginoso espiral que me marearon.

Aquél malestar me recordó el día que le dije a Alfredo que estaba embarazada, quien dándome un empujón me estampó contra el ropero de su pieza y me respondió: yo me cuide, arreglár-

telas sola, y no volvió a verlo más.

Después, mi padre me grabó a fuego con los puños, la palabra puta en el rostro, entonces me fui a casa de mi abuela...No sé cómo voy a a tener a mi niño.

En una inspiración filosófica dije... ¿Te digo lo que pienso Marila?, a nosotras la sociedad nos encasilló en sus parámetros...

A voz te pasa lo mismo que a mí, respondió mirándome a los ojos, esa maldita pseudo-ciencia que con sus alternativas determinan cómo somos según nuestros actos: la grafología, los gestos, las miradas, la posición al estar sentada, el movimiento de las manos, la historia que cargamos, y miles de «chaucas» más...Ésas son las causales de que fuéramos descartadas en cinco minutos y que el temor se apoderara de nosotras...

Mira querida Marila, respondí dejando escapar una sonrisa irónica, no ignoro la existencia del trastorno de la personalidad, pero para mí, la

gente mezcla las cosas. Yo estoy de acuerdo con eso de que los sucesos de la vida te marcan, los dolores te dejan profundas y sangrantes huellas, que la depresión te destruye, el odio te aniquila, el abandono mata, la violencia familiar nos marca a fuego, la violencia verbal desintegra el alma, la desidia y otras yerbas asesinan lentamente y...

-Sabes que es lo que más me duele, dijo ella cortando mi filosófica inspiración, -es ver como me descartan del sistema, diariamente alguien con ojos de analista me mira de arriba abajo, descalificándome y me dice: Ud. no esta apta para este trabajo. Yo creo que no tenemos igualdad en las oportunidades.

Mira querida, le dije, lo peor es la hipocresía e incoherencia que hay en la sociedad, me reventaba escuchar tan livianamente, a los que creen saberlo todo, que una caricia de más es manoseo y si uno no acaricia es un desamorado o reprimido.

Si aceptar sin ver es tener fe, ¿por qué cuan-

do uno cree pero no se acepta es desafiar a Dios? Dios nos dio el poder para elegir entre dos cosas buenas, porque sobre las cosas malas siempre nos dice...no.

De repente Marila se puso de pie y comenzó a gritarles a los circunstanciales peatones...

-Hacia dónde van mintiéndose que nada sucede-. Algunos se detuvieron unos segundos a mirarla, otros por lo bajo la mandaron al diablo; yo tiré del ruedo desgastado de su vestido hasta hacerla sentar otra vez.

-Si, dijo entre llantos, por qué pierden el tiempo estudiando la actitudes humanas, enredadas vaya a saber por cuál diablo y no se dan cuenta que los han deshumanizado, tengo necesidad de trabajo, que también yo amo y razono... ¡qué carajo!...

Después, ya más calmada, se levantó, arregló la falda, me regaló un doloroso «chau» y lentamente fue bebiéndose la avenida hasta emborracharse del sol del mediodía.

Días después, antes que el día se rajara en luz la hallaron de cubito dorsal sobre el banco de la plaza, dicen que fue un infarto.

Entre lágrimas, me contó su madre en el velatorio, que cuando la policía le avisó del infortunio, su nieto de cuatro años estaba esperándola con los marcadores fluorescentes sobre la mesa para pintar los cuadros...

Entonces rememoro aquél día, cuando Marila me contó... ¿Sabes lo que pregunta mi hijito cada vez que salgo de casa...? Mami, ¿cuántos cuadritos tienes que pintar para ganar un trabajo? Como nos reímos ese día...

Entonces la desesperación se me trepa a los ojos y comienzo a llorar por ella...y por mí.

Camila Chico

El toro gris

Las manos se entrelazan, son listones cálidos y fríos, más que antes, más que nunca.

Los brazos férreos de un alguien se rompen, el abrazo perpetuo corrompe y se rompe. Meteoritos estrepitosos.

Es algo nuevo, son extensiones de piel que se desgranán y se desenvuelven. Son liras en sus manos, es el aliento de toro tras su nuca, son grandes escarabajos en su pubis, es papilla y miel seca en su boca, es piel de conejo en sus uñas, es el fin de un comienzo o el comienzo de un fin. Es algo.

Córneas violetas, pupilas que devoran el iris jacarandá y lo destrozan, estampidas monocromáticas. Quiere dar un paso, pero no la dejan. El dedo gordo del pie tantea como un in-

fante las partículas del aire, cuales figuras de plástico, amorfas, anónimas; las quiere conocer, las quiere andar, quiere metérselas en la boca, llenarlas de saliva hasta inundarlas, pero no recuerda cómo.

—Quiero jugar...

Ignora. Se anima a poner un pie sobre la tierra, casi llora, casi... Los cristales sabotean su carne hasta hacer moños carmesí de segunda, el óxido deja círculos anaranjados y putrefactos, sale un líquido amarillento que se impregna en su piel, la quema, siente el olor a carne y se le revuelve el estómago. Algo filoso se hunde el en dedo más chiquito, lo deja pendiendo de un hilo, lo embiste un toro y cae en silencio el dedito gris.

Abejas mueren en su garganta, se deja caer y busca el dedo con su boca desdibujada. Saborea la sal, el óxido, el cobre, todo se derrite en su lengua. Cera caliente ambigua cae y un caballo galopando la desparrama.

Un Hércules le retuerce las muñecas. Añil el puño hace una sinfonía con sus huesos papiros, rojas las cuerdas entrelazan sus pestañas y se las arrancan una por una, difunto aquel que dirige la orquesta agónica. Les hace cosquillas con sus yemas microscópicas y hace piruetas correosas con sus cordeles sucios. El Hércules queda boca arriba, tambaleándose en su mugre, meciéndose como un tonto en la mugre de todos.

Quiere ahuyentar a los cuervos pero tiene miedo a las palomas blancas. La mirada furtiva, oscura, se clava en esas pupilas dilatadas, el negro se rellena de negro, cenizas de laurel, oscuridad total y nada más.

Ahora las manos son dos y tantean el espacio oxidado, nuevamente experimenta el dolor, tan nuevo para ella. Ciega, temerosa, curiosa. Las patas del Hércules, que aún lucha por incorporarse, le raspan los brazos.

Toca los cuernos del toro, acaricia su cabeza

con total ingenuidad. En tanto él mastica su dedito gris, tiene los ojos inyectados de sangre, se la lleva por delante, sumergido en un bravío humano fuera de su comprensión, atraviesa el concreto y la oscuridad, pateando la cabeza de un buey, las figuras humanas, dejando todo lo que significó ser un toro.

El foco se balanceaba de un lado a otro, pero ella no lo sabe. Sus coletas rubias desalineadas, su vestido a cubos resquebrajado, una mano tocando la sangre de un de un niño que tuvo suerte (podía imaginar, o tal vez no, lamentos metálicos femeninos) y otra mano tocando...

—Muñeca...

Siento mi muñeca, su puntiaguda nariz, su trajecito con su pequeño sombrero, los ojos exageradamente contorneados. La tomo y trato de ponerme de pie, como puedo. Extraño mis zapatos de charol, con ellos no me daba cuenta de cuán vil puede ser la tierra que uno pisa.

¡Muñeca, afortunada eres al no sentir! Me duele... no debí moverme de donde estaba. Mi pequeño dedo, pobrecillo... Al menos tú los tienes a todos. O eso creo... Espero que papi no se moleste al verme incompleta.

¿Qué habrá ocurrido? ¿Qué eran esos ruidos? ¿Qué era ese dolor que visitó al mundo? Si tan sólo pudiera quitarme esta tonta venda... ¿Dónde estará papá?

La pequeña abrazó su muñeca, en medio de escombros y cuerpos. Lloro porque no sabe, pero no sabe que es feliz porque no sabe. No debe saber, todo es pesadilla, es pesadilla... No lo es. Se acomoda las coletas rubias sin soltar a su muñeca. Se quiere quitar la venda de sus ojos violáceos, pero algo la detiene...

—¡Maya! ¡Maya!

—¿Papá?

—¡No, Maya!

Sus ojos se inundan de lágrimas, una sonri-

sa se dibuja en su rostro. Lastimado, cubierto de polvo, con la ropa rasgada, pero vivo, abraza a su pequeña en medio de la desolación y el aroma a muerte.

—Papá... papá...

—Hija, escúchame ¿Te has quitado la venda?

—No...

—¿¡Estás diciendo la verdad!?

—Sí papá, es la verdad, lo juro...

Aliviado, con una mueca de satisfacción en su rostro, toma en brazos a su hija y la arropa sobre su pecho golpeado.

—Escúchame, Maya... Quiero que duermas ¿sí? Duerme... Sigue durmiendo, no te detengas en esta pesadilla, nada es real... Nada es real... Nada.

—¿Dónde está mamá?

—Ahora no, hija mía, sigue soñando, que nada ha pasado aquí.

La pequeña Marie duerme como se lo orde-

na su padre, ajena a la pesadilla, pero dentro de ella aún abraza a su muñeca. Él ve que le falta su pequeño dedo gris y quiere arrancarse los pocos cabellos negros que le quedan. Camina esquivando torsos y manos. Irónicamente ve un cuervo picoteando los ojos de su esposa y una paloma blanca que observa el espectáculo mientras se come un laurel. Le lloran lágrimas grises, las bebe. Las hormigas caminan alrededor de lo acontecido, comen la carne de un arlequín.

Ya no se oyen bombas caer, ya no hay nada. Sólo Marie, Maya, Muñeca, Padre, Pablo, la ciudad bombardeada, el cuadro... y un toro gris.

Lilian Costamagna

Reflexiones camperas del año viejo

El Rosendo chupa con premeditación y alevosía unos mates amargos, cimarrones, frente a la puerta del rancho. Su perro flaco va lamiendo las mataduras y con la cola espanta a las moscas cargosas. Los dos andan medio tristes en el último día del año.

-É ansí nomá... estamos solos, Lonco – y en cada suspiro le acaricia el lomo pelado – La Eduvige nos dejó, qué lo parió, ¡todo porque le di un mate frío! Dicen que ése es el del desprecio y se jué nomá...- en cada suspiro, es como si dejara ir un pedazo de vida en el aire cargado de humedad.

-Mirá cumpa, ahora me lavo bien las partes, revoleo las alpargatas bigotudas en el maizal, me pongo la camisa a cuadros, la bombacha

bataraza y las alpargatas nuevas, me tiro un poco de agua florida pal' amor y nos vamos. Y vos te portás bien, eh!, nada de andar toriando a los perros de los Ramírez... Cada vez que ando por ai, la chinita linda se pone colorada y se va pa'al alfalfar. ¿Qué decís? ¿Me está invitando? Pero yo le tengo rispeto a Don Eusebio, un gaucho de ley, y a la Pancha. Un día me le voy a arrimar, ¡qué joder! Porque andar solo no es güeno pa'l hombre. ¡Pucha!, encima no hay guifi! –en un ataque de bronca, revolea el aparatejo y el Lonco corre a buscarlo. Es como si le dijera «mandale un guasá a la Rosarito, y se encuentran al lao de la tranquera, en el cuadro del alfalfar».

-Güeno, tenís razón, amigazo –y aura vamo' arrimarno que ya se siente el olor a empanadas fritas. Llevo una mamajuana de tinto y unos güevos, como quien no quiere la cosa –se levanta del banco de cuero de chivo, se va a ensillar al malacara, que se nota inquieto y se va

«pal'escusao», porque ya está sintiendo que las tripas se le estrujan por tanta emoción.

Julio Carlos De Posada

Cuento rojo

Agita azuzando el capote encarnado, zaran-
deándolo, de izquierda a derecha y a izquierda,
mientras sus medias rosadas resaltan la agilidad
de sus piernas danzantes frente al peligro. Ya los
banderilleros han hecho su faena, clavando en el
animal que sangra, arpones adornados de flores
blancas y carmesís. El toro negro brioso supera
su agotamiento pues sus arterias escarlatas van
llenas de rabia y coraje. Baja su cabeza grande,
apunta al torero los afilados cuernos, antes de
tomar carrera. Tras el capote brasa la espada
aguarda su turno para colorear la arena

Ágil, elástico esquivo el torero la primera
embestida y gira sin otorgar tregua pues presien-
te la segunda. El toro busca respiro. Fija verdu-
go la mirada en los rojos del traje de luces y otra

vez corre al encuentro. Su instinto exacerbado, ante el peligro inminente, ha percibido al hombre trastabillar, en el lado más sombrío del picadero y hacia allá quiere que él busque la estocada final. El torero lo ha estudiado y lo ha visto al atacar dejar caer su cabeza, dando al rival la ventaja.

Se acercan, se enfrentan, corre el animal encarnizado de furia hacia el capote bermellón resplandeciente bajo el sol. Piensa en ella, presta la mano y la espada, él se prepara y lo espera. La multitud se levanta absorta por el encuentro. Hay sangre que se derrama mientras la pista se tiñe. Se va mezclando al sudor y a la arena, convirtiéndose en torrente escarlata y carmín. En el cielo el sol se esconde tras gruesas nubes ardientes.

Javier Dicenzo

El esposo

A Martín Acuña escritor Argentino

Un día Pedro, salió de su casa, pensó, es buen día para regalar una rosa.

Así, fue hasta una florería y compro un par de rosas blancas.

- Florencia, es el día de los enamorados, toma esta rosa.

Su mujer, lloro de alegría, y lo beso.

Los años pasaban, y un buen día, decidieron adoptar un perrito.

Ellos habían decidido no ser padres, y el perrito llenó sus vidas de amor.

Luego de meses, el animal sufrió un accidente y murió.

Los esposos dijeron:

Vamos a enterrarlo y luego hablaremos,
Pedro.

El esposo miro a su amada y le dijo:

-Estoy pensando en nuestra separación.

Su mujer le responde.

-Está bien yo sé que quieres a otra mujer, es
más joven.

Pedro, salió de su casa, tomo un revolver y
se dirigió a un rio.

En el río, tomó un maletín y tiró todos los
dólares que había ahorrado durante toda su vida,

Tiró sus fotos, su celular, y tiró un tablero
de ajedrez que él utilizaba.

Miraba el horizonte, ¿Qué sentido tenía la
vida? Así que agarró el arma, la cargó y se apun-
tó en la cabeza.

No... repitió una voz lejana, no, no te mates.-

Miró detrás y era una mujer, que lo había
seguido.

La mujer miro a hombre... y luego...

Luis Alberto Figueroa Pages

Reflujo de un hombre

Molina viaja pensativo en el asiento del auto. En sus manos, un sobre lacrado que parecía contener muchos papeles, sobre él y su destino.

En la carretera, si así se le podía llamar a aquel camino, solo se veían árboles y marabú por ambos lados. Ya no siente fuerzas para seguir hablando lo mismo. Noches enteras tratando de buscar una justificación para cada acusación del fiscal y peor aun, dar explicaciones a familiares y amigos que le seguían apostando.

Estaba exhausto, aunque ya pasaron los tiempos más difíciles del conflicto al fin apareció una solución que ni por asomo era algo esperado, pero si le aliviaron el final, lo hicieron en el peor de los comienzos ajustándole el cinturón para llevarlo al matadero social que se hacia por

recomendaciones del nivel central.

Las tensiones psíquicas lo iban abandonando poco a poco. Fueron muchos factores confluyentes durante los acontecimientos del desbarajuste empresarial, el lo veía venir desde mucho tiempo atrás pero nunca se mostró con el valor para enfrentar las corrientes oportunistas de los jefes y menos aquel silencio hacia las violaciones administrativas ante las caras del partido...

Cuando se comenzaron a realizar las pesquisas él era informado de todas las acciones, al menos, las que pudiera conocer dado el grado de complejidad tomado por la situación desatada entre las fuerzas vivas que estaban moviendo la empresa.

Era gerente general y el hombre en el cual más se confiaba para lograr éxito en la investigación. Primero fue la avanzada de inspectores y auditores, atrás fueron llegando los agentes encubiertos y de una vez, casi sin avisar: El gran

operativo policial paralizó la gerencia y con ella sus dependencias administrativas. Se enredaron todos los caminos y de improvisto cada cual comenzó a halar para su lado hasta que implosionó el conflicto y se movió en boca de cada trabajador una versión diferente...

Aquí desapareció la confianza y con ella su nombre pasó a ser parte de las listas de inculpados por grandes pérdidas de productos detectadas a simple vista en los almacenes del consorcio.

Llegó el momento de las rendiciones de cuenta ante los jefes de mayor jerarquía. Los de arriba, que siempre están por encima de todos y de todo. Ahora venían desaforados buscando el fraude y un agarre para justificar la intromisión del enemigo extranjero, listos para tomar las medidas más estrictas, dadas las circunstancias creadas por la inopia general.

Unos días habían transcurrido para que le fuera comunicada la sanción, los documentos lle-

garon en orden incluyendo la notificación del lugar donde debía presentarse dentro de las próximas setenta y dos horas. Le permitieron esperar por la sentencia, en su domicilio, debido a las facilidades que mostró en el desarrollo del proceso. Colaboró en todas las acciones para acabar con la red creada en su empresa para extraer las mercancías de los almacenes y venderlas en el mercado subterráneo, y a precios más altos en los mostradores de otras cadenas comerciales. Realmente, él no participaba en estas fechorías, aunque sabía de su existencia y de los principales jefes, algunos de ellos, funcionarios «confiables» de la Dirección General. Su silencio, antes era bien valorado, ahora condenado.

No estaba mal, después de todo, seguía disfrutando de ciertos privilegios, ganados en su trayectoria de cuadro, como era ese de traerlo en auto al penal, aunque ya no era el compañero gerente de antes.

Los cambios eran desastrosos. Todos sus derechos civiles se limitaban a ser un procesado por malversación. En realidad su pena, legalmente, radicaba en haber permitido que se sucedieran los hechos en su empresa, eso decía el legajo definitivo.

Pasó de la madurez a la podredumbre en un abrir y cerrar de ojos. Dos años de privación de libertad con la única posibilidad de acogerse a los planes de reeducación y disminuir el tiempo de la sanción con un comportamiento de acuerdo a su nueva categoría de persona decente.

-¿Y después, qué?

«Dicen que el hombre se mide por las veces que es capaz de levantarse, sin embargo, yo considero que los valores del verdadero hombre están en las veces que es capaz de evitar las caídas ¡Mi promisorio futuro esta determinado, no seré ni barrendero en otra empresa donde pue-

da levantar cabeza!» Pensaba, con cierto cinismo, en medio del polvo y aquel ruido ensordecedor del motor del auto, no podía avanzar debido al estado deprimente del camino hacia el campamento donde comenzaría a cumplir la condena.

«Era un condenado» Esta última reflexión lo hizo sonreír, aunque más bien fue un gesto desatinado.

La realidad era mucho más consecuente con su futuro que la objetividad de todo el proceso judicial. No le tuvieron en cuenta las denuncias anónimas, echas por los vecinos, con relación a su nivel de vida pública. Aquellas fiestas de alturas realizadas en su gran casa, fabricada con» medios propio», en un barrio donde se distinguía la modestia y la sobriedad de las otras fabricaciones. Las reparaciones al automóvil de su esposa en los talleres de la empresa y las extravagancias del carro a él asignado desde el «nivel central»

Después de todo, Molina se podía contar entre los hombres que habían nacido con suerte. Aun cuando la vida le estuviera pasando cuentas, estas no eran todas ni las más grandes. Falaban otras, pero no parecieron relevantes a sus superiores que venían acompañándole desde jóvenes en las aulas de la universidad.

«¿Qué pensará ella cuando se entere de este descalabro?... es posible que ya lo sepa y no ha querido vincularse...Mucho me lo advirtió. Tuvo mejor visión de las cosas que yo»

Apareció Marina en su pensamiento, desde ahora ella sería la voz de una conciencia omnipresente para todas sus acciones. «Estúpido, de alguna forma merezco todo esto»

- Llegamos – dijo Flavio el chofer, no lo había molestado en todo el camino como una muestra de respeto y para no afectar aquel ensimismamiento de Molina.

- ¿Llegamos?

- Si señor, ahí tiene el centro de reeducación «Campo Feliz» con tan bonito nombre y nadie quiere vivir en él.

- No jodas Flavio, a quien le gusta...

Flavio se recogió en el asiento y se entretuvo con los botones de la pizarra del carro, se dio cuenta de haber metido la pata hasta el mismísimo tope.

- Bien, sea lo que Dios quiera: dijo el ex gerente.

Y salió tirando la puerta del que ya no era su carro con todo el desprecio de un hombre devorado por Saturno, preso en una eterna inconformidad su principal problema existencial para el futuro.

Leiden Roberta Fontanini

Sueño eterno

La señora con su hijo de cinco años entra raudamente a la casa de su vecina.

Su ansiedad denotaba aflicción y muy compungida le preguntó a María

- ¿Cómo pasó?-

- Como ocurren las cosas inesperadas, querida- Responde.

El niño muy quietecito observaba a su mamá que estaba a punto de romper en llanto. Le pregunta:

- ¿Qué pasa ma?

- No son cosas que vos tenés que saber.

- ¿Por qué no puedo saber?- Le contesta

- Son cosas de adultos.

- ¿Y cuales son las cosas de adultos? - vuelve a preguntar el niño.

- Morirse, hijo.

El niño queda en silencio unos momentos para luego preguntar.

- ¿Qué es morir, ma?

- Morir es dormir el sueño eterno.

- ¡Ah!... dijo el niño.

El chiquilín no se quedó conforme y repetía «¿Qué es el sueño eterno? Esta noche lo voy a probar». Siguió cavilando, por esa apetencia de saber que tienen los niños.

La madre y su vecina dialogaban en voz baja, lo que impedía al niño escuchar.

Después de abrazarse las dos mujeres, con besos en ambas mejillas se despidieron.

Juancito seguía pensando en lo del sueño eterno.

Caminan varias cuerdas hasta llegar a la casa mortuoria. Entran. La madre de Juancito saluda a los familiares y amigos y se acerca al cajón donde estaba el muerto. Lo contempla en silencio y

acaricia las manos de su amigo, vecino de muchos años. La madre comenzó a llorar amargamente. Con un pañuelo, casi celeste de blanco, secaba los ojos y suspiraba.

Juancito al verla tan apenada le propinó un puntapié y ella se vuelve, lo mira enojada.

- Niño ¡No seas mal educado! -Le dice.

- ¿Por qué?- Le respondió.

- Le faltaste el respeto al finado.

- ¿Y quién es el finado?

- Don Rudesindo, está ahí acostadito, durmiendo.

- ¿Y por qué no se va a la cama?

- Porque está muerto.- Responde la madre muy seria como dándole una lección a su hijo.

En niño quedó rumiando ese pensamiento, «sueño eterno», qué lindo debe ser el sueño eterno, vienen todos a visitarlo y además reparten chocolate.

Felipe González

Crot

—Tal vez sí muera. Yo veo que está enfermado. Cada día más debilitado, más flaco.

—Es pantalla. Está disimulando. Se comporta como una copia de un enfermo inexistente. Va a sobrevivir, es un fante—. Un silencio macabro que se tradujo en súbita duda manifestada en voz alta.

— ¿Y si se muere?

—Te digo que no. Eso no va a pasar— se voltearon a ver y sonrieron. A ambos los asaltaba la duda. Para ambos la hipocondría era un recurso de los necesitados. De los que buscan reconocimiento. Después uno de ellos lanzó un comentario irónico y vil.

—Y si muere pues vamos a su velorio y le damos el pésame a su papá. ¡Mira! Allí viene—

ambos rieron. A lo lejos la silueta de Crot hablando solo, con él mismo. A nadie le interesaba lo que hablaba para sí pero él construía temas importantes, no se sabía con quién pero la convicción con la que lo hacía impactaba en el imaginario de los demás al grado que los obligaba a afirmar que su pensamiento hecho monólogo era cosa seria porque construía problemas reales. Por ejemplo, se preguntaba sobre el número óptimo de butacas en una sala de cine cuya pantalla midiera 34 por 12 metros, luego cambiaba las dimensiones y volvía a la misma pregunta: ¿cuántas butacas serían las óptimas? Otras veces se preguntada cuántos autos chicos cabrían en un estacionamiento de una hectárea, luego combinaba autos pequeños con autos grandes y terminaba con camiones y tráiler. Este era el tipo de problemas mentales que generaba y que resolvía en voz alta para sí mismo. A todo mundo le parecían superfluos y de nulo interés pero im-

portantes por su coherencia lógica dentro de Crot, fuera de él no significaban más que una pérdida de tiempo.

Su caminar era zigzagueante y platicador. Daba la impresión que hablaba con el manos libres de un teléfono celular, sólo que en esa época todavía no existían. Estos dos, los interlocutores que lo miraron con curiosidad, lo examinaron, casi lo estudiaron. Crot pasó de largo, como si no se percatara de su presencia. Uno de ellos le gritó.

— ¡Crot!, Acá estamos— alzó la mano. Aquel los vio y cambió su caminar hacia ellos. Se acercó y estrechó sus manos con un medio vuelo que terminó en un tronido de palmas.

— ¿Cómo estás?

—Mal, muy mal. Los médicos no saben qué tengo pero aseguran que voy a morir. Estoy dando las últimas patadas.

— ¿Qué sientes?— preguntó alguno de los dos.

—Siento que voy a morir. Siento que ya cumplí mi misión en esta tierra.

— ¿Cuál fue tu misión?

—Estar aquí y mostrarle a los demás que la vida es dura y que además no importa.

— ¡Ahh, caray! ¿Qué quiere decir eso?— preguntó el otro con impresión desbordada.

—Significa que vine a este mundo para que ustedes se salven, para que ustedes vean en mí lo que no deben hacer. Estoy haciendo un sacrificio por ustedes.

— ¿Cómo Jesús?— dijo cualquiera de los otros.

—Es diferente. Él murió por la humanidad y yo sólo lo haré por ustedes—. Lanzó una mirada al cielo, sus ojos verdes y sus pestañas largas, metidas en ese rostro delicado y fino que emergía de entre las barbas desaliñadas, le daban un aire celestial. Sólo le faltaban los estigmas en las manos y en los empeines para tradu-

cir en él alguna expresión sacrificial. Uno de ellos, cambiando el tema de la conversación, se dirigió a Crot.

— ¿Quieres fumar Crot?

— Si. Si quiero — sus ojos se iluminaron.

— Traigo una flautita — la sacó de su cartera. Era un cigarro delgado hecho de mariguana.

— Pues saca, ¡móchate! — insistió Crot con cierta ansiedad y un dejo de alegría en su rostro.

— Sí. ¡No desesperes! Ahora mismo nos fumamos esta flautita —. La prendió. La braza se deslizó rápidamente impregnando el ambiente. Crot fijaba la mirada en ella como si se tratara de una luciérnaga que bailaba frente a sus ojos. El cigarro pasó de mano en mano hasta que llegó a la de Crot quién la devoró hasta quemarse los dedos.

— ¡Uff!, ¡uff!, ¡uff! ¡Venga para acá!, ¡no se haga la difícil!, ¡no me queme!, ¡ándele, déjese fumar!, ¡uff!, ¡uff!, ¡pórtese bien!, ¡pórtese bien! —

le hablaba a aquel amago de cigarro como si tuviera vida, como si resistiera a no dejarse fumar. Los dos amigos sonrieron entre sí y clavaron la mirada en la chispa del cigarro y hasta constataron que ésta en realidad estaba respondiendo a las súplicas de Crot. Era como si después de aquella plática la bacha empezara a dejarse fumar por aquellos delicados y delgados labios. Ambos volvieron a sonreír ante la iniciativa negociadora de aquel enigmático personaje.

Crot tenía una habilidad alucinante. Hablar con las cosas. Era como si la complicación de comunicarse con los humanos transmutara en una facilidad franciscana, al hacerlo con los animales..., y las cosas. En otra ocasión todos los amigos salieron de viaje a una región montañosa. Subieron un cerro y se sorprendieron por la presencia de millones de chapulines. Se trataba de la langosta que acababa con las cosechas de los campesinos que desde la mirada de estos jóve-

nes urbanos era un exotismo extraordinario. Fumaron hierba a más no poder. Las gargantas se les cerraban de tanto humo rasposo que introducían en sus pulmones. Después comenzaron a observar a los insectos que daban brincos voladores, los empezaron a agarrar. Unos tenían la cara roja, otros negra, parecían luchadores enmascarados. Unos tenían una raya azul metálica en el cuello que simulaba una elegante corbata. Había otros amarillos, unos más vestían trajes verdes de varias tonalidades. Crot comenzó a disfrutar la presencia de las langostas, los pasaba de mano en mano, reía. Todos sus compañeros lo veían divertidos. Uno de los insectos se lanzó al fleco de su dorado cabello, fue entonces que Crot comenzó a pelear con él, dando pequeños y simulados puñetazos con risitas infantiles, «¿ahh sí?, pues toma, toma, toma», moviendo las manos con los puños cerrados, atinando al audaz chapulín. Los demás rieron y se divirtieron con

aquellas demenciales ocurrencias. Por la tarde, Crot comenzó a doblar la ropa y a hablarle, «ándele, déjese doblar para que el hotel esté ordenado», luego, cuando terminaba, la volvía a desdoblar y recomenzaba su alucinante charla acompañada de aquellos monótonos dobleces.

—Sabes Crot. Si te mueres, siempre iré a visitarte al panteón— dijo uno de los dos.

—Gracias— contestó Crot.

—Siempre te estimé y te consideré uno de mis mejores amigos— volvió a decir el primero.

—Gracias otra vez.

— ¿Ya te dieron fecha de tu posible muerte?

—Los médicos dicen que moriré en poco tiempo.

— ¿Cuándo?— interrumpió otro con cierto enfado.

—No lo saben con exactitud, pero dicen que será muy pronto.

—Ojalá no se equivoquen—. Al momento

de decirlo se arrepintió pero era demasiado tarde. La sinceridad era una cualidad en un momento dónde el que quería morir era el propio Crot. Éste lo miró tranquilo y casi al instante se despidió.

—Bueno, gracias por el toque. Me tengo que ir—. Estrechó las manos de aquellos dos y reinició su zigzagueante camino y su audaz monólogo. Los dos compañeros miraron cómo se alejaba, parecía un esqueleto andante.

—No va a morir— dijo uno mientras veían como Crot se alejaba.

—No lo sé— contestó el otro.

—Si no muere vas a quedar como un estúpido por lo que dijiste— se quedó reflexionando, luego contestó.

— ¿Y si sí muere?

Crot vivió más años de los que vivieron aquellos interlocutores. Murió siendo un anciano loco y su amago de muerte no fue sino una hipocondríaca alucinación.

René Ovidio González

La serpiente

Astul el nieto de Felicia ejecutó una terrible idea ya anunciada: se bebió una botella de paratió. Los chismes daban cuenta de que la viejita lo reprendía por vago, y porque Tulo ya se zampaba sus tragos. Ni sospechaban que el miedo de Felicia sería por los decires que no faltaban en las ruedas de chiviadores. Agachados alrededor de la nada, con las esperanzas de fortuna enredadas en los dados y con sus corvos listos para eventos fortuitos, los viejos contaban los misterios de encuentros increíbles con la chancha que bajaba del panteón, con la aparecida de La Guasa, con las risotadas tras el llanto en la Ceiba del Niño, con el Xipe que comía ceniza en el horno de las Méndez, o con el hombre de saco y corbata, mejor dicho su silueta —los más

fantasiosos aseveraban se veía decapitada— que se lograba divisar bajo el tamarindo de los Membreño. Suficientes razones para tratar de proteger al único cipote mugroso recibido en su miserable existencia.

Rutilio Pineda preparó los atuendos, sustituyó su sombrero característico de palma por uno angosto de fieltro. Vistió con ropas oscuras, se terció el machete envainado, y se fue por veredas que a fuerza de andar y andar de la gente, cual cicatrices en tierra de nadie, señalaban el camino hacia las casas de los conciudadanos, cruzando solares, alambradas de púas u horquetas de entradas o salidas. Iba decidido: la viejita se la pasaba llorando de día y de noche. Se debía detener el desconsuelo pues la viejita podía sucumbir al musepo. Nada podía ser más efectivo: el espíritu de su difunto le sacaría la espina del dolor.

Al acercarse al rancho de la anciana, esta sollozaba como de costumbre, el «espíritu» impostor se compenetró con su actuación. Observó por las rendijas, se escapaban contagiadas de tristeza algunas rajitas de luz. Felicia se veía de lado sobre el petate, con su sien derecha apoyada en ambas manos y con los pies colgando de la cama de mecates casi topando al suelo, lamentándose y lamentándose...

Rutilio entendía muy bien que el miedo es efectivo en un trance como el presente. Ahuecó su voz ayudado por las manos combadas y empezó un diálogo insólito a deshoras de la noche:

— ¡Feliciaaaaa!

De inmediato el llamado atrajo la atención de la doliente anciana: el lloriqueo cesó. La señora se sentó con una agilidad increíble en una septuagenaria. Y de nuevo la voz de ultratumba:

— ¡Feliciaaaaa! ¡Mamiiiiitaaaaa!

—¿Hijo? ¿Tulo? ¿Sos vos hijo?

—Sí, mamita, soy yooooo que no estoy tranquilooooo...

—¿Y qué te molesta hijo mío? ¿Qué es lo que no te deja en paz? Contame Astul...

—Es ustéééé mamita, no pase solo llorando para que yooooo no siga en peeeenaaaaa...

Convencido del logro de su cometido, Rutilio regresó de inmediato, creyó conveniente para despistar a cualquier fisgón, regresar por otro rumbo. La vereda que pasaba por donde los Membreño se pintaba ideal. Hacia ahí se dirigió. Aún no abandonaba el solar de la vieja Felicia —la horqueta en el cerco venía rauda a su encuentro—, cuando escuchó ruidos sospechosos de algo que se arrastraba con suave pero nítido seseo. Se paró en seco, desenvainó su arma blanca y esperó. En segundos vio llegar al animal. Su desesperación imaginó a la bestia con astas de torete, y más todavía: entre los contornos de las

sombras percibió en el pardo animal una sonrisa burlona; él soñaba, no existiría ni en las selvas del Brasil un demonio de ese grosor y de ¡casi quince metros de largo! Una culebra con cabeza de novillo. Se pellizcó para despertarse por si acaso era una ilusión. Se arregló el sombrero. Se palpó el rostro con el dorso de su mano: sudaba a chorros, pero estaba más helado que un refresco de horchata en guacal de jícara. La culebra se esfumó sin dejar rastro...

Rutilio apretó el paso. De un salto traspuso la cerca de alambre. Ahora estaba en el predio de los Membreño, iba a correr pero frenó sus impulsos y respiró aliviado al mirar bajo el frondoso tamarindo la silueta de un hombre. «Al menos no estoy torcido del todo», pensó con optimismo. El hombre del árbol vestía de manera extraña. Se podía adivinar que usaba saco y corbata. «Será un borracho desperdigado o un loco suelto». Al pasar a corta distancia del su-

puesto ebrio o desquiciado, Rutilio le habló para llenarse de valor:

—Adiós amigo...

No hubo respuesta. Rutilio insistió. Quería convencerse de lo que estaba empezando a sospechar.

—Adiós amigo, ¿está refrescándose?, bonita noche...

Sin respuesta otra vez.

Fue cuando Rutilio se fijó que a la silueta, a pesar de que él sentía que lo observaba con mirada inquisidora, le faltaba cuello y cabeza. El cazador cazado intentaba huir, alejarse de visión tan espantosa, pero los pies se le volvían de plomo, los oídos le zumbaban y los pensamientos se le inflamaban.

En dos días la fiebre bajó un tantito así. Rutilio por momentos casi colapsaba. Se le oía balbucir largas alusiones al hombre de saco y

corbata. Aseguraba sentir la presencia de Astul revolviendo cosas, buscando una botella que dejó guardada...

Al tercer día resucitó. Ese dichoso día atravesó el umbral de su puerta el mentado Miguel Metzi. Llegó alegre y platicador. Rutilio y Miguel ni eran amigos. Miguel vivía en una de las últimas casas del barrio El Calvario, mientras que Rutilio habitaba en La Parroquia y solo se pudiera decir que se conocían de vista.

—El miedo es efectivo cuando hay ignorancia de las cosas— dijo Miguel intentando filosofar. Y continuó—: Te asustó esa serpiente, ¿no es cierto?

Pero Rutilio a nadie contó lo de la serpiente. Lo olvidó sin explicación alguna y solo refirió lo del hombre bajo el árbol. ¿Cómo diantres supo Miguel lo del tenebroso reptil?

Fue entonces que Miguel hizo una decisiva apostilla:

—Tuviste suerte amigo —aseguró sin dejar de sonreír—, la animala te reconoció.

La fiebre de Rutilio al fin cedió por completo como por arte de magia. En el rostro del visitante se dibujó una mal disimulada mueca de burla...

Washington Daniel Gorosito Pérez

En defensa del gol

Los intelectuales aborrecen los estadios.

Ser hincha es profundo, aunque responde a un mero juego.

Excita reacciones buenas y malas que conmueven más allá de lo racional, lo conveniente, lo consabido.

Ser hincha viene de la noche de los tiempos, y eso, nunca es poca cosa.

Cualquiera que haya gritado un gol involuible, perdido entre la multitud en las gradas, sabe que eso viene de una esencia misteriosa de lo humano, que es como inhumano.

Y si el Gol Su Señoría, es el orgasmo del fútbol... por eso lo maté.

Por fallar el tiro penal, en el último segundo, dejándome excitado y robarme el placer de gritar Gooooo!!!!!!!!!!!!.

Margarita Elena Greiner

Luna corajuda

Desde esa tarde una descontrolada tempestad se desencadenaba sobre la colina boscosa. Ya había caído la noche y no amainaba. Un viento huracanado sacudía la densa cortina de lluvia. Los truenos bramaban como una bestia herida. Las siluetas negras de los árboles se inclinaban servilmente ante la furia demencial de la naturaleza. Tumultuosos torrentes se precipitaban por la ladera y arrastraban todo lo que encontraban a su paso.

Tomás, torpe y gigante, caminaba a los tropezones con la cabeza gacha embistiendo al persistente aguacero. Su capa empapada le entorpecía la marcha. Se le adhería al cuerpo y se volvía cada vez más pesada. De vez en cuando frenaba en un vano intento de despejar sus ojos despro-

vistos de pestañas. El agua chorreaba desde su melena roja sobre la estrecha frente y le dificultaba la visión. Si saliera la luna, pensó entre suspiros. Bajo la luz de la luna vería todo con mayor claridad. Su resplandor siempre había sido un bálsamo para su atormentado espíritu.

Temblando de frío y de miedo orientó un oído en dirección a la aldea. Horrorizado constató que los persistentes ladridos de la jauría se escuchaban con mayor nitidez. Pronto oiría también los gritos de los hombres que acuciaban a los animales. Con grandes pero inútiles zancadas reanudó su andar. Si no apuraba el paso pronto lo acorralarían. Tenía que apremiar la marcha pero el viento lo frenaba inmisericorde como la palma de una mano gigantesca. Lanzó un sordo gruñido de autocompasión. La imagen de los perros despedazando aquel ladrón de gallinas había aparecido en un convulso recuerdo. Volvió a ver las tripas verdosas que se asomaban

por el vientre desgarrado y sofocó un grito de incompreensión.

Jadeó y su lengua colgó abatida. Su aturrida mente no entendía por qué los aldeanos se habían enfurecido con él. Mudo y sin madre conocida, siempre lo habían tratado con una mezcla de lástima e indiferencia. Lo dejaban dormir en los graneros y a la hora de la comida, le tiraban las sobras por los ventanucos de las cabañas. Como retribución, él intentaba ser servicial. Con su descomunal fuerza levantaba y acarreaaba lo que ellos le pedían. Pero desde que esa bruja desdentada apareció por los alrededores y lo había señalado con su negra uña curva comenzaron a observarlo de reajo, con desconfianza. Luego se enteró por el molinero que la vieja había chismorreado que él había sido parido por una prostituta en el lupanar de la vecina ciudad. A partir de entonces le gritaban «cría de loba» y cada vez que desaparecía un cordero o faltaba

un ave del corral lo amenazaban con palos. Habría querido protestar pero nadie lo entendía Solo podía articular sordos gruñidos cortos y eso los enfurecía aún más. Tomás, sumiso, inclinaba la cabeza. Se conformaba con que no lo echaran. Alejado y solo, moriría de tristeza.

Resopló para despejar los ojos de las crenchas mojadas y se frotó la cabezota. Todavía le dolían los chichones. Esa tarde la chiquilinada de la aldea lo había corrido a los cascotazos. Todo se desencadenó por esa niñita que lloraba perdida en el bosque bajo la tormenta. La vio tan desvalida con su caperuza roja y su canastita llena de fresas que recordó su huérfana soledad. Por eso la levantó en sus ciclópeos brazos para regresarla a su casa. Por lo visto, su aspecto salvaje asustó a la criatura o quizás la lamida que le dio en la mejilla para consolarla, porque se puso a gritar. Al instante salió de la choza una mujer y espantada empezó a los ala-

ridos. Se reunió la gente y, sin motivo, comenzaron a atacarlo. Los vio tan furiosos que le asaltó un pánico incontrolable y huyó.

«Si saliera la luna, si saliera la luna». El deseo ya se había convertido en letanía. Una ráfaga tronchó una rama y ésta le arañó la frente. Absorbió el hilillo de sangre que le chorreaba sobre los labios. El gusto a metal salado le dio renovadas energías. Saltando los troncos que habían caído sobre el sendero avanzó hacia un claro. Advirtió que la lluvia había cesado. Sin embargo las nubes formaban un techo bajo y amenazante.

Se estremeció, sus perseguidores estaban muy cerca. Ya podía divisar un semicírculo de luces que avanzaba hacia él. Levantó la vista implorante y ahí estaba. Tímida pero corajuda se había abierto camino entre nubarrones de vientre redondo. «La luna vino en mi ayuda» pensó con un sollozo de alegría. Se paró bajo su cono plateado y levantó el hocico para saludarla.

Entonces el miedo desapareció. Siguió con la huida. Ahora se sentía ágil, liviano. Alborozado notó que estaba corriendo con sus cuatro patas. Ya no lo podrían alcanzar.

Aulló de alegría y otros aullidos le hicieron eco. Observó en el linde del bosque numerosas siluetas de orejas puntiagudas y ojos amarillos. Lo estaban esperando. Nunca más estaría solo. Había encontrado a su manada.

Paula Huck

En el plan de Dios

El día que me enteré de que el Padre Luis había dejado los hábitos, no me sorprendí. Lo que sí me asombró es que haya tenido el coraje para hacerlo. No me malinterpretes, yo estoy de acuerdo con su decisión, sólo que en esta sociedad en que vivimos no es lo más normal del mundo que un sacerdote deje todo por amor. Y menos en un pueblo chico como éste. ¿Te acordás el lío que se armó? Ni media hora había pasado desde que leyeron la carta en la radio, la que el Padre dejó para los feligreses, que ya se había congregado en la parroquia el aquelarre de señoras copetudas de la misa de los domingos. No me extraña que esas viejas chismosas hayan querido comprobar de primera mano que la noticia era real. Los teléfonos del programa del gordo

Cabrera colapsaron. La gente se sentía estafada. ¿Cómo era posible? El Padre Luis había dado la misa la noche anterior y ahora había renunciado. Yo creo que si lo encontraban en la calle lo linchaban. La verdad que no me pareció re loca la noticia, para mí él nunca fue un cura normal.

Cuando éramos chicas nos mandaban a catequesis. ¿Te acordás los berrinches que hacías vos cada vez que llegaba el martes? Tu mamá ya no sabía cómo convencerte para que fueras hasta que se dio por vencida y te dejó abandonar después de que tomaste la comunión. A mí no me molestaba porque todas mis amigas iban y los campamentos eran divertidos. Nunca entendí bien nada de lo que hablaban. ¡No te rías! Si la tenés tan clara me lo podrías explicar. No me cerraba lo del Espíritu Santo, ¿era un fantasma? ¿Era Jesús? ¿Dios y Jesús eran la misma persona? ¿Cómo era posible que si era su padre no lo salvó de morir? ¿Qué padre haría una cosa

así? ¿Vos nunca te preguntaste esas cosas? El último año cuando estaba por tomar la confirmación me acuerdo que le pedí a la catequista que me explicara cómo se podía interpretar que la muerte de Jesús en la cruz nos salvó. Ella me miró con esa cara de beata constipada que ponía cuando no sabía qué decir y me preguntó si había leído la Biblia. Yo contesté que sí, la había leído varias veces. Léela de nuevo, ahí están todas las respuestas, me dijo. Hasta el día de hoy sigo sin entender qué quieren decir con eso, no tiene sentido para mí. Por suerte no tomaban pruebas porque yo no hubiese aprobado nunca. Pero pará, no me quiero desviar de la historia del cura.

El Padre Luis estaba a cargo de la Parroquia en mi época. Por supuesto que me parecía que era viejo, cuando tenés ocho años una persona de veinticinco te parece un viejo, pero calculo que tendría menos de treinta. Él era muy diver-

tido y le gustaba tocar la guitarra. Vivía al lado de la iglesia en una casa grande tipo chorizo. Cada tanto organizábamos hamburgueseadas en el patio y él era el asador. Ahora que pienso una vez fuimos con una amiga a su habitación. ¡No, pará! No pienses cualquier cosa, la verdad que no me acuerdo bien por qué fuimos pero tengo el recuerdo de haber estado en una habitación chiquita que solo tenía una cama, una mesita y la guitarra colgada en la pared. Igual eso no importa, lo que te quiero decir es que nosotras sabíamos que era el cura pero lo tratábamos como a una persona normal. No sé si me entendés. No teníamos ese respeto religioso o miedo a cometer algún sacrilegio. Él jugaba con los chicos al fútbol y si le tenían que pegar una patada se la daban sin decir agua va. A los doce más o menos Silvi se puso de novia con Carlitos, fue la primera pareja del grupo de catequesis. Estábamos en el último año y nos creíamos re grandes. Ahora

lo pienso y no lo puedo creer. Bueno, cuestión que el Padre Luis se enteró en un campamento del noviazgo y les dio una charla pero no en tono de reto, sino que le habló a cada uno por separado, después a los dos juntos y en el fogón antes de que llegaran nuestros padres, nos habló a todos del amor. Me acuerdo de Silvi con la cara roja de vergüenza. La verdad que un genio el Padre Luis, no me acuerdo bien qué nos dijo, pero ahora a la distancia valoro que no lo haya tomado a la ligera. Quizás algunos chicos necesitaban que alguien les hablara de esos temas. Un dato muy loco es que él la casó a Silvi con Marcos. Pero eso fue muchos años después. Si un cura te casó y después deja los hábitos, ¿sigue valiendo el casamiento?

Había una chica que iba a la iglesia, un poco más grande que nosotras, tendría unos quince años. Estelita. ¡Que plato que era Estelita! Cantaba en la misa como si le fuera la vida en eso.

Nosotras siempre nos sentábamos un poco más atrás y era difícil contener la risa. Cantaba con unas ganas que parecía que estaba en un recital. Estábamos seguras de que ella se había enamorado del Padre Luis. No, obvio que nunca se lo preguntamos. Ella no era amiga nuestra, pero siempre trataba de estar cerca del padre y lo miraba de una manera que no era normal. Andá a saber qué será de su vida hoy y si se habrá enterado de la noticia.

Después pasaron los años y dejamos de ir a la iglesia, cuando nos fuimos a estudiar le perdimos el rastro al Padre Luis. Mamá me contó una vez que ya no estaba más en nuestra parroquia, se había ido a una en las afueras y se comentaba que andaba con una catequista. Para mí que fue un invento de alguien que creyó ver un cruce de miradas o quizás porque pasaban demasiado tiempo juntos. ¿Pero qué se supone que hace una catequista? Siempre tienen reuniones para ha-

blar de los chicos o preparar las actividades. No sé. No me parece loco que se vean con frecuencia. Será que pienso en las que tuve yo y no me imagino a ninguna teniendo un amorío con el cura. Claro que conozco la historia del «Pájaro canta hasta morir». Pero convengamos que eso no pasa todo el tiempo. En fin, me acuerdo que ese día le dije a mamá que era re injusto que se desparramen esos chismes porque la catequista estaba casada con un odontólogo y tenían nenes chiquitos. Encima que esa mujer sacrificaba su tiempo para ser catequista, se tenía que bancar que digan esas cosas. ¡Un horror! Además, seguro que sus hijos iban a esa parroquia y todos sabemos que los niños son crueles. Nosotras éramos un poco crueles con Estelita. Espero que nunca se haya enterado lo que pensábamos de ella. Bueno, cuestión que a los meses, a los años, ya no sé bien cuánto tiempo habrá pasado, mamá me cuenta que la catequista se había separado

del odontólogo. ¡Imaginate! Otra vez todos con el chismerío de que seguro lo había dejado por el Padre Luis. No quiero pensar cómo habrá sido para esa pobre mujer salir a la calle todos los días, porque convengamos que si vivís en Buenos Aires, vaya y pase, pero en un pueblo chico todo se sabe. Por supuesto que yo no tenía forma de saber si lo que se decía era verdad o no, pero la familia de Silvi era amiga del Padre Luis y cada tanto lo invitaban a comer a su casa. Para esa época ella ya se había casado con Marcos. Cuestión que un día le pregunté si sabía algo y me dijo que saber, lo que se dice saber, no sabía nada pero que la madre le había dicho que el Padre Luis no aceptaba más las invitaciones. Entonces ahí pensé que podía haber algo raro. Bah, raro es que un hombre decida ser célibe y entregar su vida a Dios. Lo mismo que las monjas. ¿Por qué ese revoleo de ojos? ¿A vos te parece normal que una persona quiera estar encerrada toda

su vida rezando? Quizás la vida de todos sería más feliz si pudiesen tener su propia familia. En fin, no me quiero ir para ese lado porque es un tema que me apasiona pero también me ha traído algunas discusiones acaloradas. Son esos temas que es difícil saber con quién los puedes hablar sin generar rispideces. Entendés lo que te quiero decir, ¿no? ¿Qué estaba diciendo? Ah, ya me acordé, bastante tiempo después del día de la carta, apareció el Padre Luis en la radio. Bueno, no estoy segura de que se le siga diciendo Padre, pero la cuestión es que accedió a una entrevista telefónica con el gordo Cabrera. Yo no la escuché pero según me contaron explicó que se había enamorado. Que luchó mucho tiempo contra ese sentimiento pero que un día decidió que si le estaba pasando era porque estaba en el plan de Dios y él tenía que aceptarlo. ¿Ves? Esa es otra cosa que no entiendo cuando hablan del plan de Dios. Cuando un nenito se muere o a alguien

le agarra una enfermedad de las jodidas, ¿se supone que eso estaba en el plan de Dios? ¿No es más lógico pensar que en realidad ahí le salió mal el plan? En fin, cuestión que el gordo no estaba muy interesado en saber cómo había vivido él ese momento. Lo único que quería saber era si estaba o no con la catequista que se había separado del odontólogo. Él dio un par de vueltas, se ve que quería explicar bien cómo había sido la situación y que los dos habían hecho una especie de terapia con el Obispo de la Provincia. El resultado de esos encuentros fue que decidieron irse a vivir juntos a otro lugar porque la Iglesia no les podía dar ninguna solución. ¡Y claro! No se me ocurre qué solución mágica podía darles la iglesia, la única opción era excomulgarlos por pecadores. Eso fue exactamente lo que pasó. ¿Pero sabés qué es lo que más me impresionó del relato? Él no tenía ninguna profesión porque había entrado al seminario cuando terminó la

secundaria, entonces decidió hacerse carpintero.
¿No es como una broma cósmica?

Nicolás Igolnikov

Razón de ser

No hablaré de ella más que a través de una completa subjetividad, y no siento culpa. No podría, aunque quisiera, hacerlo de otra manera.

Aún hoy, después de años de vivir el cuestionamiento, no puedo convencerme aunque sea vagamente de por qué terminó eligiéndolo antes que a mí.

La última vez que la vi poseía un largo pelo rubio, muy brillante. En nuestras épocas de mayor cercanía, cuando aquel ser nefasto aún no había aparecido, podía reconocer aquel brillo particular a cien metros de distancia sin que me roce una mínima duda.

Cuando pasaba tiempo conmigo las horas eran intensas y fugaces, y en mi memoria fácilmente equivalían a días. Y de las noches ni ha-

blar: luego de que partiera, hubiéramos o no compartido la cama, el recuerdo vivo y sentido duraba cuanto menos una semana.

Hablaba de arte, de ciencia, de la vida que según ella tan poco conocía pero que no obstante tanto le daba para decir, y de las cosas más banales que a un ser humano se le puedan ocurrir siempre con una pasión inconmensurable.

Todas esas conversaciones se daban efusivamente, cigarrillos de por medio para ella y pocas pero precisas palabras para mí, durante largas jornadas en las que el terror predominaba dentro mío (no a ella sino a hablar delante suyo). Bajo ningún concepto quería dejar de oír sus palabras, pero menos quería romper su imagen de mí (la que incluso hoy conceptualizo frágil como una copa de vino) con comentarios vanos o irrelevantes. Así llegó a resultarme una operación casi artística el elegir mis palabras de modo que expresaran mi opinión e interés por las suyas, y

a la vez me permitieran estar la mayor parte del tiempo en silencio.

Cuando manteníamos relaciones carnales expresaba yo con la voz todo el estremecimiento y pasión física que sentía, y ella temblaba de gozo. Es inexplicable la sensación que me recorría en aquellos momentos: era como si, al tocarnos, mi esencia pudiera penetrar su alma, grabarse en ella, y en el proceso generar en su cuerpo esos temblores extásicos que tanto disfrutábamos. El goce, tanto para ella como para mí, era pleno.

Por las mañanas se iba, sonriendo y esperando verme ahí por la noche, cosa que durante esa época sucedió sin falta. Antes de salir por la puerta me dirigía una mirada que perduraba un largo tiempo. Sus ojos justo antes de que desaparecieran constituían un impacto profundo y suficiente para que la espera fuera sino una especie de existencia flotante, casi independiente del paso del día.

Durante la tarde me divertía no solo recordando vívidamente nuestros encuentros: también imaginaba cómo habrían sido. A veces horas enteras pasaban mientras las frases más banales y estúpidas que podría haber dicho sonaban en mi cabeza. Aunque al conjugarlas en una posible realidad, inevitablemente, me invadía un súbito terror: no debía, bajo ningún concepto, permitir que salieran de mi imaginario.

Un día apareció aquel, no quise saber cómo así que no pregunté, y destrozó prácticamente todo lo que teníamos.

Comenzó a frecuentar nuestro hogar con muchísima regularidad, y este para mí era un templo al amor que nos teníamos. Nadie lo había hecho antes, y él lo profanaba, irónicamente, con las palabras más vanas que haya escuchado. Eran, muchas veces, peores que las que solía imaginar.

Físicamente era como muchos hombres que

había visto, y su rostro no emanaba ninguna sensación especial en mí, y seguramente tampoco en ella. Sin embargo, todas las noches que venía lo llevaba a la cama, y sin descaro o compasión por mi presencia, introducía su fabuloso miembro en varias partes de su cuerpo. Lo que en muchos casos hubiera constituido un quiebre en el amor, generó algo bastante distinto.

Las primeras veces observaba con desagrado, y aunque me pese aceptarlo, con interés. Me era primordial determinar qué tan hondo era el placer que le generaba, qué tan intensa era su inmiscusión en su cuerpo. Imaginaba en tanto me era posible cómo lo sentiría yo, y no sé si por mera cobardía, me esforcé mucho en convencerme de que no importara qué tan bien lo hiciera, nunca llegaría tan adentro como yo lo sabía hacer. Y a la larga lo conseguí.

Una vez que me harté de obviar sus actos (luego de un tiempo me resultaron tan triviales

que podía reproducirlos valiéndome solo de los sonidos que exclamaban) y habiendo pasado ya muchas noches fuera pretendiendo evitar el sufrimiento que me arrinconaba, terminé buscando alguna manera de equilibrar su placer con mi pesar sin hacer escenas escandalosas (bendigo la habilidad que a la fuerza desarrollé de ocultar mis sinceras opiniones). Así empecé participar de sus actos sexuales con relativa frecuencia. Como es de esperarse, no lo hacía porque aquel sujeto me atrajera, sino porque ella hacía tiempo no me tocaba, y mi cuerpo dictaba que debía hacer lo posible para que ocurriera. Había pensado en tocar a otras personas, pero nada dentro mío me permitía buscar otra piel ni otra alma que no fuera la suya.

Una vez que fue habitual mi participación él nos penetraba indistintamente (había leído ya mucho tiempo atrás en sus ojos su deseo hacia mí). Cuando lo recibía fingía los temblores que

con la lengua procuraba generarle a ella, que entregaba a cualquiera su cuerpo sin pudores ni culpas. En mis noches de más profunda desesperación la certeza de que para ella daba igual quién le otorgara el placer que tanto le gustaba sentir me sitiaba, y por una cobardía que tampoco me enorgullece tampoco pregunté si efectivamente era verdad.

Luego de varios años de la misma rutina me mudé. Las gentes dicen que el amor en sí mismo no es suficiente, y no se equivocan: a pesar de que el mío por ella fuera inmenso, soportar aquel pesar continuo eventualmente se tornó un calvario. Intenté, en el tiempo que siguió, verla en mi casa.

Muchas veces, al llamarla, decía que vendría. Como antaño la ansiedad me invadía, y la mente se me iba a lugares que hacía tiempo no visitaba. Volvía a imaginar y a recordar tantas mañanas y noches en su compañía, y la espera

era larga y placentera. Regularmente, cuando llevaba ya una hora de retraso y llamarla hasta a mí me encolerizaba, le reprochaba sin asco su constante elección de aquel con el miembro maravilloso, y no de quien podía sinceramente acariciarle el alma. '¡Basta, basta!' recibía en contestación, y entonces no podía hacer otra cosa que cortar. El sufrimiento posterior era intenso, pero un orgullo bastante justificado lo atenuaba: el paso de los años había borrado casi completamente el miedo por la acción de mis palabras.

En una de las tantas llamadas me contó con efusividad que estaba embarazada, y todo mi ser se estremeció. Corté sin reprocharle nada, y por primera vez en todo nuestro vínculo no la llamé por varios meses. Como es esperable, ella tampoco lo hizo.

Así se terminó de formar mi odio pendular hacia todo el género masculino (hoy en día hace tiempo no interactúo con nadie que a él perte-

nezca), y un poco más en general mi repulsión casi sistemática por toda persona. No podía evitar asignarle a aquel patán la culpa toda por la destrucción de lo que teníamos: ella no podía ser responsable de nada de lo que había pasado.

No me vinculé más que superficialmente durante los cuatro meses que siguieron. Me representó un esfuerzo enorme digerir la noticia que había recibido, y no pude disfrutar plenamente con nadie que se me cruzara durante todo ese proceso, aunque lo intenté. La soledad, que durante tanto tiempo no me importó, se presentó como una compañía fiel y embriagadora, y lentamente, disminuyó el dolor.

Cuando resolví que esas cosas eran parte de la vida y que tenía que sobreponerme y llevar aquella realidad como tantas veces había cargado otras peores, la llamé pidiéndole que venga a verme. Esto fue hace unas pocas horas.

Se alegró profundamente y dijo que lo ha-

ría. Una hora después de la cita no había llegado, así que llamé de nuevo, y luego de mis acostumbrados reproches, me invitó a su boda. Mi estupefacción podría haber sido vista desde la otra punta del continente.

Me detalló apasionadamente (como antaño me hablaría de arte, ciencia o banalidades) la propuesta de él y su afirmativa, y manifestó querer que lleve los anillos para estar ahí cuando ella lo acepte, y para hacerlo yo también. Sus palabras me llegaban lejanas, como un eco, y yo no tenía nada para decir. Su impacto era cada vez más profundo, y cuando el pesar sobre mí fue insostenible y sus palabras parecían no tener fin, pregunté por qué debería yo participar de una ceremonia que tanto me desagradaba, y de la que prefería sinceramente no tener siquiera novedad. Ella, con su habitual falta de interés, dijo que era lo natural y correcto ya que, al fin y al cabo, él es el padre de la que en unos meses será mi hermana.

Jorge Mesía Hidalgo

Cuando San Pedro baje el dedo

En mis años infantiles, cuando mi entendimiento de la vida y el mundo no abarcaba más allá de diez centímetros de mi nariz, mi madre, casi siempre, ante mis requerimientos inapropiados e inoportunos, tenía una respuesta increíble. No hacía mayor gesto que mover los labios para pronunciar, solemnemente estas palabras: «Cuando San Pedro baje el dedo». Yo me quedaba mirándole en silencio y poco a poco iba levantando mi mirada hacia arriba, hacia donde ella apuntaba con el dedo.

Muchas veces, en el transcurrir de mis años de infante, oí la famosa expresión. No solamente dirigidas a mí, sino también a mis otros hermanos, quienes, como yo, al escucharla, quedaban intrigados y pensativos. Mi madre, luego de

pronunciar la dichosa frase, sonreía abiertamente y en un gesto por demás maternal y muy agradable, nos tomaba del mentón y nos daba un beso en la mejilla. Luego, daba media vuelta y volvía a sus quehaceres domésticos.

Cuando iniciaba mi etapa adolescente y mi curiosidad se orientaba más hacia la objetividad de las cosas, fue cuando, en cierta ocasión, entablé esta conversación con mi querida y adorada madre:

—Mamá, ¿cuándo me vas a comprar una bicicleta?, —le pregunté. Ella me miró tiernamente.

—Ay, hijito, «cuando San Pedro baje el dedo, —respondió con un sonrisa.

—Siempre dices lo mismo, mamá, ¿cuándo será ese día?, ¿cómo sabremos cuando San Pedro baje el dedo?, —le increpé, un poco molesto.

Ella, sin dejar de sonreír, se acercó a mí, me tomó del mentón y estampándome un beso en la mejilla, me atrajo hacia ella para estrecharme

en un amoroso abrazo. Luego, sutilmente, me dijo:

—Hijo mío, no te molestes, esa frase quiere decir que se me hace difícil comprarte algo, por ejemplo la bicicleta que tanto quieres, no puedo comprarte, hijito.

Yo, en un gesto insolente y malcriado, retiré sus brazos de mi cuerpo y le increpé abiertamente.

—¡Nunca puedes comprarme nada, mamá!, ¿cómo a mis amigos sí les compran su bicicleta?, —luego me volví dándole la espalda.

Mi rabieta de niño maleducado, no me permitió ver en qué momento, mi querida madre, se retiró de mi lado. Al darme cuenta de su ausencia, corrí a buscarla. En seguida la encontré en su habitación. Estaba sentada en una pequeña mecedora que le servía para descansar su espalda. Era su favorita. Tenía la mirada fija en la pared, a un costado del cómoda-tocador. Al verla en ese estado, ingresé lentamente, como contando mis pasos y al estar junto a ella, vi unas

gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas. De inmediato me embargó una pena inmensa y remordimientos intensos, por la forma cómo reaccioné con ella y que le había conducido hasta ese estado. Quise pedirle mil perdones. Estaba seguro que con gusto me los hubiera dado. Más, un duro nudo se atravesó en mi garganta y sólo opté por arrodillarme a su lado y recostar mi cabeza en sus piernas. Cerré los ojos y lloré en silencio.

Casi en seguida, sentí las manos angelicales de mi progenitora, frotando mi cabeza y mis hombros. Sin levantar la cabeza le tomé la mano en agradecimiento por su perdón. Entonces, ella, me tomó el mentón para levantarme la cabeza y hacer que la mire. Ahí estaba el rostro de mi madre. La más perfecta creación de la expresión del amor filial. Esbozó una sonrisa y dijo:

—Me entristece mucho, hijito, cuando tú y tus hermanos me piden algo y no puedo satisfacerles. Me duele en lo más profundo de mí ser

tener que decirles una verdad dolorosa. Por eso es que menciono el dicho «Cuando San Pedro baje el dedo».

Le miré atentamente. Tenía esa mirada que tienen los santos pintados en grandes lienzos que exhiben en las iglesias. Tomé su mano y la besé.

—¿Eso quiere decir que no me comprarás la bicicleta?, —pregunté. Ella movió la cabeza, asintiendo. —No importa, mamita, cuando tienes plata me la compras, ¿ya?, —ella sonrió, asintiendo con la cabeza. —Cuéntame, mamá, ¿quién te enseñó eso de San Pedro.

—Tu abuelita, hijito, —me respondió. —Mira, hijo, cuando vayas a la iglesia, a la izquierda de la entrada principal, se encuentra una estatua de San Pedro. San Pedro tiene el bastón en una de sus manos y la otra está un poco levantada con un dedo apuntando al cielo. El dicho se refiere a ese dedo. Porque la estatua está hecha de yeso y no tiene vida, de manera que, ese dedo

nunca bajará, ¿comprendes, hijito?.

Cuando terminó de explicarme no pude contener la risa y ella tampoco. Así, riendo a carcajadas, le di un abrazo y un beso en la frente. Más tarde, ese mismo día, fui a la iglesia. En efecto, ahí estaba San Pedro, inmóvil, tieso cual estatua que era y con el dedo ligeramente levantado, apuntando hacia arriba. Yo le apunté con el dedo índice y reí fuertemente. El párroco Zósimo Rivas, que regaba unas plantas, un poco más allá, me miró extrañado. Al verle me asusté un poco, entonces emprendí veloz carrera hacia mi casa para contarle la anécdota, a mi madre, María Estefita.

Manuel Montes Rodríguez

La ruta de la madrugada

Hoy he recorrido de nuevo la ruta canalla de la madrugada, esa imperceptible línea que une, más que separa, el mundo decadente de la noche rendido de alcohol, drogas y sexo, del universo del amanecer al nuevo día, pletórico de propósitos nuevos. La misma en la que hace cuarenta años se servía chocolate con churros y copas de aguardiente, chinchón seco y orujo a las cinco de la madrugada, con las putas en retirada, el obrero madrugador, los borrachos de guardia y algún atento policía de la Social al otro lado de la barra. La misma en la que hoy se beben cubalibres de ron, whisky y gin-tonic, se esnifan rayas de farlopa en algún espejo de azogue tuberculoso, se comen pastillas de éxtasis o se reciben mazazos de «cristal» en el aseo, variaciones

todas sobre el mismo tema metanfetamínico, y de paso se come alguna porra con chocolate o con leche.

En esa ambigua hora en la que se reúnen forzosamente los trasnochadores y los madrugadores, todos forzados de la vida, el tiempo se hiela en el éter cargado de humo, y las contradicciones, los fracasos, las falsas esperanzas y las mentiras piadosas te asaltan y, con sus afilados colmillos de traición y deslealtad, te desgarran el corazón, otrora ingenuo, y te despiertan a la verdad de la vida, a la inutilidad del amor desprendido y desinteresado, a la mierdosa realidad emponzoñada de derrotadas ilusiones y de amores imposibles.

«¿Qué vas a tomar?», me pregunta la morena con el sueño pegado a sus grandes ojos marrones, «no tengo todo el día para ti», me insiste displicente y decidida a pesar de su juventud. Sin duda ya es una veterana en la brega con

los desesperados de la amanecida.

«Vodka, sólo vodka con mucho hielo», respondo saliendo del ensimismamiento en el que me encontraba.

Me sirve desganada y rápida a un tiempo, con una diligente y aprendida rutina, y se larga ágil al otro extremo de la barra, donde un grupo de polacos le pide que deje la botella completa para ellos. Les mira desafiante y exige que paguen antes, se conoce el episodio de coge la botella y corre. Un papel de 50 cae sobre el mostrador y ella, perdonando la vida con la mirada, suelta la prenda con cuatro vasos y les ignora para el resto de la eternidad con el billete a buen recaudo. Le hago una indicación para que llene de nuevo mi vaso y desvirga con precisión otra botella de Absolut. Me lo llena y me mira a los ojos. Veo cansancio, hastío y desasosiego en su mirada, pero, de pronto, algo se ilumina en ella y me sonrío desde el fondo de su alma, levemente, con

un casi imperceptible brillo que sólo yo aprecio. Aquellos ojos, aquella criatura que se convirtió en divina durante unos segundos, se merece un mejor destino en la madrugada, un despertar entre sábanas de seda, mimos, cariño y caricias.

Apuro la segunda copa de un trago, directa al colete, y miro de nuevo a la criatura angelical disfrazada de adusta y fría muñeca. Qué difícil debe ser conquistar su corazón, qué difícil hacerle comprender el amor verdadero. A pesar de todo salgo del bar pensando que debo tomar más copas de vodka allí, otros días, infinitos días, hasta beberme todos los campos de centeno de Suecia en otras tantas madrugadas si es preciso, para ver de nuevo aquellos ojos y llevarme a su dueña a los iluminados terrenos de la felicidad.

Rusvelt Julián Nivia Castellanos

El retrato invertido

De repente; Aura Helena comienza a pelear desgraciadamente con su esposo. Desde el momento indecible; ella va expulsando su prepotencia contra el hombre. Sin tener ninguna piedad, lo ofende, lo irrita en lo impúdico. Así, los cónyuges discuten a solas en medio del salón clasicista, lugar cual aún permanece encerrado relativamente hace algunos tiempos dislocados. Ellos igual; recién desenamorados en la nostalgia, se reflejan rabiosos junto al espejo cóncavo; que hay ubicado a un costado del recinto, bastante bañado de luz solar. Sus cuerpos flacos ahora forcejean bajo sus lágrimas decadentes. El dolor interno en cada uno de ellos; pronto va haciéndose manifiesto con berridos grotescos, salidos desde sus bocas retorcidas. De corrido, am-

bos conciben una desfijada realidad. El ambiente se pone tenso a la vez que intolerable. La mujer, acaba de desvestir unas muecas horrosas mientras tanto para instigar a su marido de cara misteriosa. Ella, lo repudia con maléfica energía entre su presente. Así que las injurias, juntos las lanzan hacia ellos y contra ellos. En furia, designan mostrarse con repugnancia. Demás, no parece haber ninguna reversa de acciones pacifistas. Los teatros suyos como seres disfrazados; cuando al ayer se soportaban con hipocresía, para estos instantes desaparecen con voracidad, debido a las punzantes recordaciones tuyas, más malas que indulgentes.

Aura es por cierto, la pintora más reconocida del movimiento sinfinista. Sumida en un destino fugaz, ella buscó consagrar una obra limpiamente intelectual. La hizo de exclusiva, estudiando las bellas artes. Aparte este ideal, Aura lo creó una vez quiso engrandecer el uso de los sen-

tidos con la razón, tratando de transmutar los enigmas metafísicos. Entre las otras verdades; ella vivenció cualquier variedad de experiencias en la juventud, encausadas de pasión hacia la idealización del dibujo extraordinario. Como mujer poderosa, bien alcanzó la trascendencia sobre lo artístico. Y por supuesto el hombre con quien ella se casó, bajo un mar de dudas, resultó ser un actor hermoso mozo. Una persona rara, quien aún trabaja a costa de contratos ofensivos, dramatizando telenovelas baratas para los canales privados de Estados Unidos.

De esta causa, prosigue el pesado instante, sin porvenir para estos dos enemigos. Cada novio como endiablado, sólo golpea al otro individuo atractivo a quien amó con sufrimiento durante el pasado. Los ambos seres irracionales sueltan entonces su vacuidad de miseria, sin nada de cobardía. Desde la apenada posición; cada actual enemigo encierra su mano y sin dudarlo ya

suelta su puño hiriente, lanzándolo contra el otro rival. Engendrados en sus perfidias de venganza, precipitan la inexplicable locura. Abrazados y distintos, ellos aruñan sucesivamente sus brazos con ruda brutalidad. Se cortan cada piel tersa, bajo esta tarde calurosa de cielos ardientes. Más con más rabia, Aura vuelve a sacar sin decoro las nefastas desgracias del horrendo desamor suyo, tras un repudiado desespero de muerte. De una sola patada, ella de rasante lastima a su hombre en los genitales. Y aquí la lucha parece menguar con fatalidad. Tras el atrevimiento agónico, los maltratos físicos y ajenos parecen acabarse quedamente, más se apagan con desarmonía. La mujer vocífera sin embargo, pide algo de justicia y grita iracunda cualquier otro cúmulo de groserías de frente al marido suyo, recién acorralado él sin salida, desgraciado por la supuesta infidelidad, que cometió hace unas cuantas semanas. Según lo supuesto, fresco él irónico

estuvo frecuentando la mansión del hada para ir a revolcarse con la modelo más atractiva de New York, Virginia. Desde luego, Helena, tal como una esposa celosa, lo recrimina ferozmente, lo inquiere con claridad. Su rencor de soberbia, que hacía varios días tenía reprimido adentro de su corazón, pronto se lo espanta. Así en efecto; que por esa crueldad, que por ese irrespeto de infidelidad, Aura no soporta más ese juego ridículo, ideado suciamente contra ella y su lealtad, naturalmente le desviste sus agravios.

Aura Helena es además una rubia de frescura fémica, ella entregada a la núbil plenitud de las nupcias. Siempre ha sostenido lo puritano en su mente. La mujer lacrimosa, suspira entre unas bellezas con otras ilusiones, inspira unas emociones extrañas. Es ella como una ninfa seductora a cualquier hombre ilustre, porque de fondo al alma suya hay una jovencita tanto legendaria como creativa, llena de famosos sueños.

Igual, adentro del lóbrego salón hay colgado un cuadro, ubicado a un lado de Helena, la Helena de ojos azules bucólicos. El retrato irreal es una doncella mística; quien lleva varios años de antigüedad, pintada al arte eterno del mundo. La cara del dibujo parece estar cuidadosamente reflejada desde una perfecta elaboración sutil, tanto expresionista como simbólica. Las coloraciones del lienzo lucen a la vez cierto albor desconcertante. Y el sombrío esposo de Aura, ahora está recostado contra la pared fría del salón aún soleado. Su nombre es Edward y de repente él voltea a mirar la obra artística de la damisela, opuesto así sin esperanza, la contempla durante algunos segundos irresueltos.

Del seguido momento, queda quieta esta penumbrosa disputa. Edward, por su parte piensa sobre la urdida obsesión mientras deja de insultar a su bonita esposa, que tanto aduló antes hasta el desborde de llegar a la neurosis. En su esta-

do; sólo espera olvidar la tragedia de molestia, observando constante con despecho a la doncella abstracta, fulgurante en aquel espacio sugestivo de la otra imaginación. Decaído hoy, Edward no quiere padecer más su verdad, no ansía sobrellevar más su propia desdicha porque hoy está arrepentido de haber reventado a Helena. Eso sin la gracia de sus puños bestiales la hirió en los pechos. Desde lo infeliz, él único y él absorto, ahora va dejándose apartar de lo existencial, sólo admirando aquel otro rostro de jovencita virgen, que hay entrevista sobre la mágica pintura, allá donde la señorita estuvo posando toda serena, durante la época inquisidora.

El sagaz actor, entre tanto tras lo desquiciado aún no recupera el ingenio psicológico por completo. Sin nada de miedo, la despelucada artista renueva su cortante sordidez. Y esta discordancia indispone a Edward. Por el hecho, ella a lo excéntrica no deja de expresar sus gestos de

fealdad caprichosa. Se hace Aura, se sabe es siempre una muchacha dolosa, cada vez cuando emergen estos conflictos sexuales. Aparte, los declives afloran afuera del matrimonio estúpidamente ya destruido. De seguida intuición, marido y mujer vuelven es a mirarse desfigurados a las caras rasguñadas. Ellos van enfrentando sus ojos intensamente acusadores, sin nada de decoro. Cada amante, intenta recordar sucesivamente las falsedades que oscurecieron ese azaroso noviazgo. Fueron sus bromas lastimeras, las encargadas de acabarlo en verdad. Quizá ellos nunca debieron enamorarse, pero Aura no lo entiende y aún sostiene sus brutales escarnios con absurda valentía.

En acosado desencanto; la tarde perdura con fulgor mientras los dos esposos elucidan las historias suyas, que parecen estar confusamente entrelazadas. Desde sus fugaces existencias y desde sus costumbres ajenas, las logran aseme-

jar, las eventualidades. Cuando al poco tiempo, por el misterioso destino; ellos se vuelven a confundir entre los figurantes cuadros del salón ovalado. Todo el presente se desteje obviamente desde un solo drama inesperado. Al mismo tiempo, Helena alza sus gritos con mayor fuerza, encumbrando su bravura del espíritu. Todo ello a causa de sus dobles tragedias, abiertas al desconsuelo. En absoluto, la dama resentida anhela ser escuchada de una buena vez fatalista para poder acabar con esta farsa de romance. Helena, trama destruir los añejos idilios con Edward, cuales recomenzaron hace unos cuantos años infernales. Así que ella, escupe ahora a la boca del marido recién mitigado. Lo ofende sin mucha modestia humana, no retiene su insidia según la manera como lo sojuzga. Edward, ha sido un hombre de arrogancia despótica y sin embargo, hoy se contiene. En general el desespero es sospechado desde la profunda interioridad. Tras el

tanto desquicio, Aura ansía incitarlo a que escoja el abismo del suicidio desvergonzado. Para esta presencia degradante; lo quiere hacer sufrir hasta que llore, hasta que se quede humillado porque para esta mujer nada es más importante, que esconder su orgullo de a poco rebajado. Certeramente, ella adivina las burlas de la muchedumbre escandalosa. Debido a esta pena irrespetuosa; Aura insiste en botarle saliva a chorros a Edward, le babea las mejillas, similar ella lo hace sin mostrar ninguna evasiva, sin tener mucho arrepentimiento.

En estado indistinto, el esposo anda descaradamente desnudo. Va yendo y va viniendo desde la esquina hasta al centro del recinto, sitio adornado con esculturas de gorilas góticos y con máscaras de porcelana. En cuanto a Helena, pese a la tensión traumática lleva puesto un largo vestido blanco, que tiene ligeramente desajustado para la funesta ocasión. Ambos vanidosos están

igual de exhaustos. Pero Aura Helena no renuncia. Así entonces de una vez, resurge un estruendo fugaz en la ventana traslúcida del salón estático. Y por supuesto; doña Carlota, la señora quien vive en la casona opuesta, asustada se levanta de la mecedora de mimbre, donde hacía unos escasos segundos lo pasaba haciendo la siesta del almuerzo. La viejita estaba durmiendo levemente. Ante la imprevista novedad, obvia ella pasa a ver qué sucede allá afuera. Delata una mueca de pereza. Doña Carlota, aún está como somnolienta. Por tal motivo, la cucha de gafas negras agudiza sus sentidos asombrosamente a estímulo del repentino ruido, recién escuchado por ella. Eso sonó un quejido estruendoso, fue todo soterradamente perturbador para la misma señora, debido a la regular pasividad que antes había represada en ese barrio de imperfecciones. Así sin normalidad; la vieja tanto gruñona como chismosa, va dando sus pasos cuidadosos hasta

ir acercándose despaciosa al balcón del hogar suyo. Más de ocasión, dispone sus acciones de rutina; asoma la cabeza sigilosa hacia el exterior para calmar las ganas de intriga, que hoy tanto la acosan. La anciana aquí rápido, acoda solitaria sus brazos junto al barandal de hierro, muy tranquilamente. Desde allí, trata de ojear cualquier disputa venenosa, que esté dándose entre los vecinos adyacentes. Cuando con un degradante descaro, se asusta. Más tristemente más temerosamente, la señora Carlota acaba de avistar al galán esposo de su mejor amiga; colgando del ventanal espejado del domicilio alledaño. Y ahora el hombre bañado en sangre y ahora Edward, resbalándose desde el tercer piso, va cayendo al vacío sin Helena, hasta verse reventado contra el andén de la calle.

Victoria Obradors

El Hongo Mágico

De pequeña mi padre me contó el cuento del Hongo de los Sueños. Esa seta se distingue de todas las demás porque es de color azul. Sí la encuentras corta un pequeño trocito con mucho cuidado para no estropearla, ella solita vuelve a regenerarse apenas en unos segundos, y sigue viviendo tan hermosa como antes. Esa minúscula porción la introduces en un poco de miel y te la comes, quien lo hace siempre tendrá un sabor dulce en la boca, cada palabra que pronuncie será hermosa y sabia. Y eso no es todo, también te concede un deseo.

Mis días son una lucha contra reloj. Me levanto a las siete, ducha para despejarme, café para que el cerebro reaccione. La ropa la dejo preparada la noche anterior, así que rápidamente

te me visto, por último aplico crema multifunción en la cara, rímel en las pestañas y cacao para los labios, dos o tres pasadas de cepillo para arreglar el cabello y a la calle.

Pongo el auto en marcha y me dirijo al trabajo. Aguanto el atasco logrando que no me de un ataque de nervios cada vez que miro el reloj y compruebo que se aproxima la hora de entrada y no avanzo nada rodeada de vehículos en la misma situación.

No pasa un día en que el jefe diga que ha encontrado deficiencias en el trabajo que realizo, nunca elogia los aciertos, acepto la regañina en silencio, él se siente fenomenal y yo más cuando finalmente se marcha.

La comida la resuelvo con un sándwich y un refresco, todo dispensado por las maquinas que hay en una salita con sillas y mesas en la propia oficina. Siempre hay quien se sienta a mi lado, así aprovecha para quejarse del jefe, de los

compañeros trepas, de quienes por pelotas obtienen toda clase de prerrogativas, de lo mal pagados que estamos, de lo poco que se valora su trabajo. Termino lo antes posible disculpando mi marcha aseverando que tengo tareas atrasadas.

Las seis se acabó la jornada laboral. El regreso es igual de lento por la aglomeración de automóviles, lo cierto es que a pesar de la distancia andando llegaría antes.

Cuando aparco el coche en vez de ir directamente a casa realizo una pequeña compra en el supermercado, sería mejor hacerlo el sábado pero o madrugas o las colas de gente te consumen las horas de la mañana esperando para pagar.

Lo usual es que me olvide de hacer una lista y un montón de productos que realmente necesito quedan en el comercio, eso repercute en tener que ir varios días. Tampoco lo puedo clasificar como catastrófico porque así aprovecho la mayor parte de las ofertas que ponen.

Cargada de bolsas reciclables, que en mi caso siempre estoy comprando porque nunca me acuerdo de llevarlas, llego a la vivienda. Se trata de un departamento de cuarenta metros, dormitorio, aseo con ducha y salón comedor con la cocina incorporada. Ni comparación con el chalet unifamiliar de la urbanización situada en las afueras donde nos criamos todos. Cuando tras pasar un año de la muerte de mi padre sobrevino la de mi madre, decidimos venderlo. Todos estaban casados y vivían en otras ciudades, sólo yo residía allí, estaba soltera y una casa tan grande resultaba innecesaria. Cuando se encontró comprador repartimos el dinero. Ese año todos ellos se pasaron unas vacaciones fantásticas y cambiaron de coche, yo decidí buscar algo asequible tratando de no tener más gasto mensual que los suministros y la comunidad. No me quedó nada de ese dinero pero conseguí no tener el lastre de una hipoteca.

Como tengo una semana de vacaciones he decidido ir a buscar el hongo, lo tenía todo preparado. Investigué en Internet acerca de asociaciones de expertos en micología, seleccioné la que consideré más fiable y me puse en contacto por e-mail solicitando que me indicasen cuál lugar era el más propicio para buscar setas, por supuesto el núcleo debía ser un pueblo donde hubiese algún sitio donde alojarme.

La respuesta no se demoró. Llamé a la casita rural que me aconsejaron, donde alquilaban habitaciones a pensión completa, realicé la reserva.

Mañana era el día del viaje. Me acosté temprano y a mi mente vino la discusión. Sergio, se había enfadado conmigo por no contar con él, creo que nuestra relación ha finalizado. Caí en brazos de Morfeo.

Todo el trayecto estuvo lloviendo. Llegué al pueblo recomendado. Casas de muros de piedra y nadie por las calles, quizá era temprano,

menos mal que tenía un plano de la ubicación exacta del alojamiento. ¡Lo encontré!, en la puerta un letrero «Alojamiento rural, se alquilan habitaciones». Paré delante, nada indicaba que estuviese prohibido, llamé al timbre y de inmediato me abrió una mujer en bata, pelo corto de color blanco y cara surcada de arrugas. Con una amable sonrisa se presentó como Marta, la propietaria, alojaba cuatro inquilinos más, dos parejas; estaba casada, tenía dos hijos estudiando en la capital, su marido se había ido a cazar, toda la información la dijo de carrerilla sin dejarme intervenir.

La seguí a la planta de arriba y me mostró la gran habitación, tanto que mi casa cabía dentro, en vez de ventana un amplio balcón. Estaba decorada con muebles antiguos, el cabecero de la cama de hierro forjado, lo mismo que el armazón del banco situado a los pies con asiento de anea, hubiese sido incómodo de no ser por

los tres cojines que tenía. Una mesa camilla con una silla a cada lado, armario de dos cuerpos en madera maciza haciendo juego con la cómoda sobre la que colgaba de la pared un espejo. Por último abrió la puerta del baño, el suelo imitaba un tablero de ajedrez, sanitarios en blanco, en vez de ducha, bañera.

Todas las mañanas después del desayuno he ido a caminar por la húmeda campiña y a pesar de haber visto gran cantidad de setas ni rastro de la que busco. Nunca me he alejado demasiado del pueblo por temor a perderme. Las tardes las he dedicado a pasear por el lugar, a la segunda ya no quedó nada nuevo que ver. En la plaza una impresionante iglesia, el ayuntamiento y la oficina de correos, en una de las calles colindantes una tienda y la farmacia frente al centro de salud. En la calle paralela cuatro bares en una acera y otros cuatro en la otra que siempre tenían clientes. A las afueras un convento de clausura.

No he conseguido nada y mañana regreso, al menos lo he intentado, mientras cavilaba estaba paseando. De repente comenzó a llover, llevaba chubasquero pero aún así resultaba molesta la humedad, decidí como otras veces entrar en un bar hasta que amainase. Me quedé de pie en la barra y pedí un chocolate, como todos se conocían siempre despertaba la curiosidad de los lugareños, un anciano que estaba a mi lado me preguntó a que había ido, no se la razón pero le conté que buscaba una seta muy especial y no la había encontrado. Por raro que parezca no se extraño, simplemente contestó que entonces mi viaje había sido insatisfactorio.

- En absoluto, -contesté - he meditado mucho acerca de mi vida. No he sentido ira ni contra mi jefe ni hacia los conductores que abarrotan la calzada impidiéndome ir más deprisa. Tampoco me ha dominado la furia por quienes una vez son atendidos por la cajera del supermerca-

do se eternizan guardando la compra sin pensar en los que estamos esperando.

Dejare de ser soberbia, sin duda lo soy porque oigo pero no escucho.

Me he desprendido de la envidia, mí casa es pequeña pero es mía. Mejor disfrutar de lo que se tiene. La avaricia te hace ser infeliz porque siempre deseas más.

Ahora sé que el chico que creía distinto no lo es, quiero amor no sólo compañía.

- Sabias palabras, tal vez has encontrado lo que buscabas.- Respondió.

Lo comprendí de inmediato. Cambiaría y sería feliz. El auténtico deseo.

Juan Salvador Piñero Ruíz

Sobre el ático

Cuando desperté aún no había amanecido. Recordé la noche anterior sin conseguir descifrar las imágenes que me venían de forma intermitente, hasta que los batientes de la cristalera empezaron a temblar y algo me sacudió por dentro. Alarmado, me lancé a la calle. No había un alma. El callejón se extendía silencioso hasta donde alcanzaba la vista. De repente, allí mismo, en una de las esquinas que subían hasta la plaza de la iglesia, ese energúmeno, situado a un par de metros, me rompía los tímpanos con aquella serie de palabras estridentes; yo, acobardado, sentía en la nuca la mirada de un centenar de personas expectantes que se amontonaban para oír los desvaríos de aquel infeliz; dudé de todo lo que decía, sin embargo, en ningún momento me

pregunté: *¿cómo era posible que apareciera así, de manera súbita, salido de la nada y caracterizado de esa forma tan grotesca?*. No deseaba oír más, quería hacer estallar mi escepticismo, pero necesité constatar antes con alguien de mi alrededor, con ese bullir de almas que percibía, y al dar la vuelta advertí que *¡no había nadie!* Los segundos que siguieron fueron espantosos: el singular títere consumía su garganta con esos gritos, *¡solo para mis oídos!*

Extraña alucinación. Acababa de ser conducido por dos enanos disfrazados de arlequín a través de las cortinillas que ocultaban el guiñol del funambulista, quién las separó con su mano. Estaba en el interior de una inmensa sala, parecía un *Gran Teatro*, repleto de individuos que se acomodaban confortablemente en sus butacas.

Quise regresar, pero en vez de las cortinillas encontré un Muro enorme que se levantaba hasta distancias increíbles; traté de apoyar el repen-

tino mareo que sacudía mis sienes en los dos pajes que me guiaron -enanos inútiles- pero de mi garganta salió un alarido demoledor: en vez de aquellos, vi dos enormes gusanos con antenas viscosas y cubiertos de secreciones purulentas. Intenté correr, pero su voz me paralizó:

- ¡Señor! Sí, usted, ¡no se nos encabrone más y ocupe su asiento aquí, en la «p-r-i-m-e-r-a f-i-l-a»!... Sonoras risotadas resonaron en el escenario, ese <PRI-ME-RA FI-LA> escondía un doble sentido que era incapaz de comprender. Inexplicablemente, anduve hacia donde me indicaba y pude ver los espectadores que copaban el recinto: ¡NO HABÍA CUERPOS!, solo esas esferas de Cristal pulido, con fluorescencias candentes, como si un millar de luciérnagas se movieran dentro de su elipse, incluso llegué a sentir que podía recorrer sus transparencias. Después de dar tres pasos alcancé esa «primera fila» que poco

antes intuía a una distancia de quinientos metros.

¿Qué estaba pasando? ¿Dejaría de mirarme con esa estúpida sonrisa?; iba a abalanzarme sobre él, a gritarle, cuando se dio la vuelta y el absurdo vino a golpearme de forma tan violenta que permanecí pegado al sillón, sin mover un músculo: ¡dos caras, tenía dos caras!; una malévola -la otra-, la de ahora, esbozaba una sonrisa que resplandecía de benevolencia y comprensión. Un halo luminoso fue apareciendo a su alrededor y, de repente, me invadió una grata sensación, un sentimiento de satisfacción tan pleno que comencé a sonreír; el escenario se llenó de color y los dos rostros convergieron hasta formar un nuevo individuo, de melena blanca, con un alto sombrero de copa y un chaqué negro salpicado de destellos luminosos. Un foco se movilizó y el resto de la sala quedó vedada en hermética oscuridad.

- ¡Queridos amigos! Antes de visitar vues-

tro Teatro, veremos un paisaje que os resultará familiar.

En ese instante se produjo la rápida transformación del escenario, que ya no era tal, pues quedé encerrado en una garita circular que tenía un ventanuco en su frente y desde donde descubrí un paisaje neblinoso; mi visión dominaba un espacio reducido y las siluetas se veían profusamente estilizadas. La niebla se disipó, mostrándome lo que ya casi conseguía adivinar; *se trataba de un cementerio*, aunque lo parecía más por el simbolismo de las gruesas y pesadas cruces de granito que llegaba a distinguir, que por su ambigua distribución: los nichos se elevaban sobre el suelo formando urnas de cristal de varios pies de longitud en alineaciones inverosímiles.

La profundidad de un tapiz tridimensional surgió de la noche acompañado del sonido de un latido inmenso que iba in crescendo. Mis gritos silenciaron durante unos segundos ese latir

gigantesco y mis pasos -apresurados a lo largo de aquel extenso corredor repleto de ESPEJOS- dibujaban grietas en sus reflejos, surcos sangrientos que casi podía padecer en mi piel, porque esos reflejos eran personajes grotescos, rostros desencajados por abismos de dolor y desesperanza que parecían sufrir enfermedades incurables, como si una sarna los hubiera penetrado y los estuviera infectando, y algunos más bellos, que surgían de manera intermitente, eran sólo espejismos más allá de los espejos. Necesitaba alcanzar el final de esa pesadilla, escapar de aquel laberinto macabro e interminable.

Me detuve unos instantes para reponer el aliento, apoyando la espalda sobre el lado inclinado de la pared que se cerraba en un único vértice por su parte superior, y comencé a tomar conciencia del lugar donde me encontraba: eran las *Pirámides de Túneles*. Pirámides idénticas que se originaban a cada paso que daba en la direc-

ción que escogiese, como formas gelatinosas que al mínimo roce se desvanecían para luego extenderse en una nueva prolongación, dando la impresión de estar siempre en el mismo sitio.

- *¡Una salida! ¡Una salida para aquel infierno! ¡A cualquier precio!, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. ¡No podía más!, resbalé hasta el piso que me recogió con ese desagradable abrazo viscoso y comencé a llorar...*

Hasta que sentí como era lanzado con una fuerza incontenible hacia arriba. Las articulaciones parecían deshacerse, provocando dolorosas mutilaciones, mi carne se llenó de llagas y pronto averigüé que *'Ese Otro Espacio'* era la *CRIPTA FINAL*. Solo, entre los *Espejos* que comencé a destrozarse sin piedad, tensas cuerdas que temblaban y se rompían en mi interior con una sorda vibración, mientras esas terribles imágenes se desvanecían, y continuamente repetía:

- *¡Las pirámides de túneles nunca existieron!*

¡Las pirámides de túneles nunca existieron!... y esa ira fue precipitándose hacia una risa contenida al principio, luego, más sonora, después, una carcajada inmensa que, acompañada de una cariñosa patada, destrozó el último de los espejismos que sostenía mi desesperación: la Cripta tembló -elevando sobre sí la Sala de los Cien Espejos- y por todos lados retumbaba el estallido final que llenó el aire con el sonido del crepitar de los cristales rotos... y seguía riendo...

*...al abrir los ojos, en la plaza, junto a la iglesia -evocando la extraña alucinación padecida- y ver a los niños divirtiéndose, admirando el espectáculo de los cómicos en su guiñol... y reía... mientras recogía del suelo el espejismo de una duda: **UNA PEQUEÑA URNA DE CRISTAL QUE CONTENÍA EL FANTASMA DE MI RAZÓN.***

Carlos Arturo Trinelli

Diez

Son las diez de la noche y llego a la estación después de diez horas de ausencia. Todos los días, de lunes a viernes, camino las diez cuadras que me separan de mi casa. En este caminar se rompe la simetría. Es difícil que pueda lograr hacer el trayecto en diez minutos, por lo general, lo excedo en uno o dos.

UNO: La primera cuadra sucede rápido. Es entretenida, hay gente con ese movimiento propio de las estaciones de ferrocarril suburbanas. Las vidrieras de los negocios que no tienen cortinas metálicas están iluminadas. No hay árboles y las luces de la calle disimulan la noche. Camino de norte a sur, es invierno y el viento se corrompe en el obstáculo de las edificaciones sin dejar de hacerme sentir su rigor. No importa, es-

toy abrigado. A lo lejos el sonido de la autopista resulta una música incomprensible. Una sirena anticipa tragedias civilizadas. Aprieto los párpados un instante en búsqueda de la oscuridad plena.

DOS: La segunda cuadra comienza a tener sus sombras, menos negocios, menos gente, menos luz. Algunos árboles. Paso por delante del salón de fiestas en donde me enamoré por primera vez. Ella era...luminosa y es que era adolescente, yo también. Todavía nos encontramos en el barrio. Ella perdió brillo, desarrolló el culo y alguno de los últimos años la atropelló. No dejamos de saludarnos pero ya nos olvidamos. Eso creo.

TRES: Aquí se acrecientan las sombras y cada una comienza a ser sospechosa. Sucede que los árboles se defienden de la luz artificial que empalidece al cielo. En las casas los perros establecen cadenas de ladridos como comunicaciones atávicas de alertas fallidos que anuncian mi

marcha. Cruzo por delante de la capilla donde tomé mi primera comunión. Me recuerdo en una fila incómoda, en ayunas y apretado en un traje. Con un cuello duro de almidón que me produce una picazón insoportable. Las ganas de que termine algo que no comprendo del todo pero que sé debo cumplir. *En el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.* Me persigno con el pensamiento y sigo mi derrotero pleno de dudas, (*¿eran Jesús y la mayoría de sus apóstoles solteros? Judas el supuesto traidor ¿era casado? entonces, la estrategia de Jesús ¿fue la de una sociedad de solteros sin hijos? Quizá. Intuyó que tanto las esposas como los hijos son empeñosos en la confrontación como modo de comunicarse y que resulta inútil con ellos tratar de ser veraz y lógico sin estar discutiendo. Peace brother, un genio este Jesús*). Sigo adelante, sin mujer, sin hijos.

CUATRO: En esta cuadra y al amparo de fresnos, robles, paraísos, plátanos, jacarandás,

tipas, altos como para alcanzar a las estrellas, acrecientan su dominio las sombras. Todo ruido se convierte en amenaza y algunas veredas rotas impiden ir alerta a las acechanzas en el esfuerzo por no tropezar. Lo mejor sería caminar por la calle, muchos lo hacen pero ahora no hay nadie y los autos o motos son más sospechosos que la oscuridad.

CINCO: Comienzan las mansiones. Al pasar por delante de los portones ciegos se encienden luces agresivas que encandilan la marcha. En estos cien metros imagino que me sucede, como al personaje de Roberto Arlt, Erdosain, que una dama me espía día tras día por los visillos de una ventana hasta que se anima y me llama para decirme que está enamorada de mí, de mi figura de andar ligero y sombra veloz. Me invita a pasar, nos sentamos en un sillón. La dama habla poco, no importa la edad, si es agraciada o no, importa que el lugar está calefaccionado y

ella se desnuda y dice que me ama desde que me conoció y que desea que viva allí con ella, con su fortuna dispuesta a concederme la gracia de que no deba regresar después de diez horas, a las diez de la noche a caminar las diez cuadras. No digo nada, disfruto de su piel cálida, de los labios húmedos y el perfume de jazmines que desprende su cuello. Me pierdo en ella y disfruto de su único quejido que apenas quiebra el silencio.

Luego me pregunta qué hago y digo que soy escritor, no cualquier escritor, uno sin repercusión, sin reseñas, sin críticas, sin ventas. Un escritor que solo él sabe que existe y me asegura que todo va a cambiar, ella lo hará posible.

SEIS: En esta cuadra se acaban las mansiones. A mitad de camino con la siguiente esquina hay una casilla que replica un chalet pequeño y alberga a un guardia que custodia a los dueños o habitantes de las mansiones. Me conoce de tan-

to verme traquetear estas calles. Me saluda, cruzamos alguna palabra, yo no me detengo. Me desea buenas noches, le respondo lo mismo. No aclaro con que me conformo que sea igual a todas.

SIETE: Atrás quedan las mansiones. Entro en el barrio, mi barrio. Cuando llego a la esquina recuerdo cuando caminaba en sentido contrario y doblaba hacia el colegio. Años de primaria, años en que la niñez, la mía al menos, era una fiesta, regresar a casa con alegría a los juegos de siempre, iguales pero distintos. Años de secundaria, años de la adolescencia, una herida del crecimiento. Una época en que deseaba ser muchas personas y estar en muchos lugares. Años en que envidiaba a alguien como yo al que suponía libre de hacer lo que quisiera. Ahora he comprobado que somos demasiado parecidos a nosotros mismos y a medida que vivimos nos afianzamos en ser como somos y no hay vuelta atrás. Es mejor creer en cambiar el mundo que en cambiarse uno mismo.

OCHO: Un hilo imperceptible me mantiene sujeto a la realidad. No sé si esto es bueno. Por las dudas trato que esta realidad no tenga demasiada injerencia en mi vida no vaya a ser cosa que un simple aleteo de mariposa en Beijing consiga deprimirme.

En este tramo, cerca de la meta, acelero el paso, en el barrio los árboles son más bajos o tronchados por la irracionalidad de las podas. De frente a mi caminan dos perros, se apartan desconfiados, nos cruzamos, los miro de soslayo, siguen su camino como si supieran donde van, igual que yo.

NUEVE: Aquí doblo y el viento lo hace conmigo. Cruzo para estar en línea con mi casa. Unos jóvenes están en la puerta de una casa. Beben cerveza y se pasan la botella. Son los hijos de..., los sobrinos de..., los primos de..., me saludan. Pienso que no me gustaría morir en el barrio, no me gusta envejecer en el barrio. Un falso pudor. Nadie es perfecto.

DIEZ: Miro la hora, preparo la llave dispuesto a asumir con lucidez la soledad. Cuando entro el gato me hace esas fiestas felinas que no me dejan avanzar. La cola hecha un bastón se refriega entre mis piernas y emite un ronroneo. Lo alzo y lo llevo a la cocina, le doy la comida. En un rato se irá y puede que regrese herido de su paseo nocturno después de alternar con sus congéneres. Igual que yo, los dos de regreso y heridos.

Aurora Peregrina Varela Rodríguez

La felicidad de Enma Murillo Rendir

No era de familia adinerada, por eso no creció ni se convirtió en una tonta de tantas, pero llevó golpes, más que si tuviera la cartera bien llena. Uno a uno fue recibiendo cada puñetazo en sus mejillas, que dejaron de ser rosadas y se fueron llenando de lágrimas. Se llamaba Marie Enma. Fue alegre, sus padres la quisieron mucho, fue a buenos colegios, fue buena estudiante y mejor trabajadora, pero no se sintió recompensada por haber sido una buena persona, sino todo lo contrario.

Yo era su amiga, sólo eso, y una vez le saqué el novio y me siento culpable, pues tampoco ha sido mío su amor para siempre. También recibí mi lección de abandono, aunque sabía que era encantadora y guapa. Al menos eso me decían.

Ahora me veo como ella, en el charco y con pocas alternativas de supervivencia. Sola y con un futuro incierto al que enfrentarme. No quería pensar en las enfermedades, ¿quién me curaría o quién se ocuparía de mí?...

Marie Enma era profesora de Geografía e Historia, lo pasaba bien con los alumnos, les enseñaba como nadie los ríos, montañas, playas, volcanes, desiertos y demás partes de este paraíso terrenal. De sus alumnos recibió alegrías... pero nunca tuvo a su niño porque no encontró marido, sino oportunistas. Nunca la quisieron de veras.

Por eso decidió dejarlo todo y emprendió aquel viaje. Decían que en Cuba era fácil encontrar pareja, que si eras extranjera te llovían las ofertas. Había que intentarlo, antes que encerrarse en un apartamento con los malos recuerdos y quizás tener que tomar pastillas para los nervios.

Por eso...

Marie Enma se fue a Cuba, Marie Enma yo no sé, Marie Enma quiso irse, no sé si la volveré a ver. Quizás allí encuentre algo, el amor de un cubanito, quizás allí llegue a ser libre y no esclava en otro país.

Enma se va contenta, va cantando y no llorando. Enma va en rumbo seguro para alcanzar su meta, pues allí encontrará la paz, la amistad, su hombre, su media naranja exacta, la suya y no la de nadie.

Por eso Enma se va, para llegar muy, muy lejos, y la cabeza ¿la lleva?... No, creo que la deja, no le sirvió para nada y ella ya no se fía de ella.

Se ha comprado un portátil, la cámara digital, ya nadie podrá impedir la felicidad que le espera al otro lado del mar.

Te quiero Enma Murillo mi amiga, te quiero y estoy alegre, te quiero porque te quiero y me contenta pensar que por fin vas a sonreír viviendo en aquella isla con gente de otra cultura

que te aceptarán como eres, así como tú vas también vas a verlos con los brazos abiertos.

Sé feliz y nunca vuelvas la mirada atrás, ni aún extrañándome a mí que soy parte ¿quizás?, de tu mal. Vuela lejos y no regreses, encuentra en los ojos negros de ese caballero del caribe la alegría del vivir y sé «una mujer alegre, abierta y sana mentalmente». Olvida la depresión, los sinsabores y... los comentarios.

Enma viaja lejos, vuela.

En Cuba encontrará el amor, de manos de un morenazo, no sé si se lo traerá o si vivirá con él en aquel paraíso salvaje, pero lo cierto es que con el nuevo viaje la realización personal de Enma va a llegar.

Ya suena mi celular, se encuentra en el avión, a punto de despegar para alcanzar su destino final, que no es otro, que «el de la ansiada felicidad».

Cuando iba a Madrid, para hacer escala en

el aeropuerto, detrás en el avión iba la rosa de España, Rosa López, de Operación Triunfo, pero ya con rumbo a Cuba no sé con quién se pudo codear en las sillas de esa ave voladora que es el vuelo IB 0365. Sé que no ha hablado con ella, pero pudo escuchar su voz.

Y yo aquí con mis gatos, viéndoles tomar el sol y estirarse como nadie; si señor. Que para eso son flexibles, grandes deportistas y con un cuerpo especial. Yo tengo la suerte de poder verles jugar, correr y saltar y también subir muy alto, a lo más alto del mueble de la sala, para luego decir «miau» ya que no saben bajar y yo, que soy su hermanita voy corriendo a ayudarles para que no se caigan y se hagan mal.

Veo a Coqueta que se lame su negro pelo de seda y sus ojos me observan riendo y diciendo... que me quieren.

Soy afortunada entonces, pues aunque sean mi pequeña compañía, no me aburro y también

con ellos experimento nuevas alegrías que nadie sobre la faz terrestre me podrá sacar, pues me quieren... de verdad.

Y Enma, ¿qué pasará?, ¿regresará?... el tiempo dará respuesta a mi pregunta.

...Ahora recuerdo a mi padre, muy feliz en aquel viaje, en que nos venía a ver. Venía con su maleta y su traje beige tan elegante, las patillas recortadas y en los labios un pincel con el que pintar «te quiero» en cualquier pobre pared.

Fue la última vez que le he visto llegar, y que jamás olvidaré pues se clavó como una espada en mi corazón que era tan joven. Aquella sala del aeropuerto con sus vigilantes uniformados, con él...

También recuerdo que como venía de lejos le hicieron abrir la maleta... pero, -si es ciudadano español, ¿por qué no confiaban en él, en su templanza, su dignidad, su educación y bondad? Quería a su país, no venía hacer mal.

-Señores agentes: mi padre no probaba marihuana, no traficaba con drogas, no robaba, no mataba, simplemente nos visitaba, simplemente nos quería abrazar y hacer planes de futuro con nosotras desde aquí, desde su España.

Y ahora, Enma se va de viaje muy lejos y tan ilusionada, busca un hombre que la ame, pero, ¿por qué la querrá?, ¿por dinero?, no, no hay tanto... Pero ella podría mentirles y decirles que tiene mucho dinerito, que tiene poder, convirtiéndose esa acción en el prelude de un fracaso, pues es falso.

Lo cierto es que Enma ha gastado sus ahorros en ese último viaje rumbo... a la codiciada felicidad. La suya y no la de nadie.

Enma, Enma ya lo sé... vas a vida o muerte, a suerte o fracaso, sabiendo lo que puede esperarte, pero ya no puedes más, quieres a tu otra mitad, que puede que llegue a aparecer para quererte de veras. No te rindas, busca hasta el final

que algo encontrarás que te llene de dicha a tu edad madura, en tu plena cordura, en aquella que te ha hecho coger el avión rumbo a Cuba.

Así es, así lo cuento, no os miento.

¿La atacará?... Sí, mi gatito blanco a mi Coquetita negrita, es su juego, son cual niños de un colegio que se persiguen, se amenazan, se esconden, saltan y gritan:

-Déjame en paz o llamaré a mi hermanita, que soy yo.

Ahora veo esos ojos azul cielo de mi Tobías que se posan en ella queriéndola hacer su presa. No se lo permitiré, no más sustos y menos a mi negrita que lleva horas en el sofá dormidita como una santita ignorando el ataque por la espalda, el mordisco, la osadía de un macho que quiere intimidarla, puede que porque sea su juego, puede que hasta la muerte y es que no se llevan bien... por eso debo vigilarles, por eso tengo la misión de separarles, aunque en la hazaña, tam-

bién pueda resultar levemente herida.

No me gusta la incomprensión, los ataques entre mis animales, no porque ellos son ejemplo de tolerancia, de amor, son el mejor calmante de mis nervios y el alivio de mi enfermedad. Llámemosla; tristeza, engaño, impotencia o incomprensión.

Aunque tenga que hacerme vieja para poder verlo Tobías y Coqueta se llevarán bien algún día.

Son las cuatro de la mañana, Enma ya está en Cuba... quizás yo también tome ese rumbo con mis gatos, con mi pasado, pero también... con la esperanza.

¡Gracias por
Gracias por acompañarnos
acompañarnos!

Ediciones Mis Escritos
editorial@misescritos.com.ar
www.misescritos.com.ar

ISBN 978-987-4004-34-5

